

# la Gaceta

DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Mayo 2005

Número 413

## Colecciones editoriales

- Laura Lecuona se pregunta para qué sirve una colección
  - Eduardo Mejía sobre la Serie del Volador
  - Adolfo Castañón sobre Breviarios
  - Christian Moire sobre La Bibliothéque de la Pléiade
  - Bulmaro Reyes Coria sobre la Bibliotheca Scriptorvm Graecorvm et Romanorvm Mexicana
  - Yolanda Argudín sobre Biblioteca Era
- 
- Un poema de Alberto Blanco
  - Textos de John Keown y Asunción Álvarez del Río para nutrir el debate en torno a la eutanasia
  - *Problema infernal*, de Samantha Power
  - *El mito de la diosa*, de Anne Baring y Jules Cashford
  - *Lecciones de los maestros*, de George Steiner



# BREVIARIOS



## COLECCIÓN

Si una colección es emblemática para el Fondo de Cultura Económica, es sin duda la colección Breviarios. Con más de quinientos títulos en su larga y pródiga vida, en ella han encontrado cabida las más variadas expresiones del pensamiento del hombre en prácticamente todas las disciplinas. Como en su origen, los Breviarios del Fondo siguen siendo referencia insustituible en cada uno de los temas que abordan y constante incitación al pensamiento.

Conoce los últimos títulos de la colección:



**William Gaunt**  
*El olimpo victoriano*  
ISBN 9681673352  
\$139.<sup>00</sup>



**Christoph Schwandt**  
*Giuseppe Verdi. Una biografía*  
ISBN 9681672135  
\$126.<sup>00</sup>



**Michel Maffesoli**  
*El nomadismo. Vagabundeos iniciáticos*  
ISBN 9681670361  
\$80.<sup>00</sup>



**Joaquín Xirau**  
*Vida y obra de Ramón Llull. Filosofía y mística*  
ISBN 9681673247  
\$173.<sup>00</sup>



**Irène Tamba-Mecz**  
*La semántica*  
ISBN 9681673107  
\$104.<sup>00</sup>



**Ricardo Martínez Lacy**  
*Historiadores e historiografía de la antigüedad clásica*  
ISBN 9681672305  
\$119.<sup>00</sup>



**Wolfgang Iser**  
*Rutas de la interpretación*  
ISBN 9681673271  
\$162.<sup>00</sup>



**Roland Barthes**  
*Michelet*  
ISBN 968167037X  
\$127.<sup>00</sup>



**Víctor Méndez Baiges**  
*El filósofo y el mercader*  
ISBN 9681672283  
\$206.<sup>00</sup>



BREVIARIOS del



FONDO  
DE CULTURA  
ECONÓMICA

de venta en librerías o en línea • [www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

# Colecciones editoriales

La definitiva conversión del libro en mercancía —singular, qué duda cabe, pero mercancía al fin— y de la estructura económica que lo produce en una industria hecha y derecha suscita lo mismo la alarma de quienes querían seguir viendo en cada ejemplar un producto amorosamente confeccionado, con todo el sabor humano de lo artesanal, que el optimismo ingenuo de quienes creen que pueden aplicarse ciegamente en las artes y los oficios editoriales las prácticas usuales en otras ramas de la producción industrial. He ahí una de las grandes expresiones del carácter híbrido del libro: es y no es un mero bien cultural, es y no es un producto equiparable al tornillo que brota de la máquina que le da forma. Hoy, los consumidores y los productores de libros aceptamos en mayor o menor medida esta vida anfibia, a veces subrayando algún rasgo en detrimento de otro.

Para el que edita libros, desde que la producción se multiplicó por las artes mecánicas fue necesario identificarse, hacerle saber al lector que el volumen que está delante de sus ojos lleva su impronta, una marca que identifica no sólo al autor sino al responsable de que la obra exista sobre papel. De ahí que hoy sigamos venerando signos tan afortunados como el ancla rodeada por un cetáceo con que, en la bisagra entre los siglos xv y xvi, el gran Aldo Manuzio rubricó sus obras. Pero la abundancia de sellos editoriales pronto motivó el surgimiento de una categoría de identificación intermedia, algo entre los libros individuales y las casas editoras: la colección editorial.

A esa noción queremos dirigir la atención del lector en esta entrega de *La Gaceta*, mediante el recorrido por un puñado de series emblemáticas, cuyo valor simbólico se ha impuesto ya entre los amantes atentos del libro. En el texto inicial del número, Laura Lecuona considera que las buenas colecciones son como “minieditoriales”, en el sentido de que aspiran a dar pistas a los lectores sobre obras afines. A continuación, Eduardo Mejía nos lleva a volar junto a la más célebre y celebrada de las colecciones de la editorial Joaquín Mortiz: la Serie del Volador, albergue de excelente literatura mexicana de la segunda mitad del siglo pasado. De la mano de Adolfo Castañón podemos pasar las páginas de una enciclopedia por entregas en que muy pronto se convirtieron nuestros Breviarios, con su personalidad generosa y noble, como señala Alejandro Carrión en un texto que había aparecido en *La Gaceta* hace más de cuatro décadas. Por su parte, Christian Moire presenta la selecta y consagrada La Bibliothéque de la Pléiade, esa constelación de obras publicadas primero por Jacques Schiffrin y hoy por Éditions Gallimard, y que es un verdadero repertorio de clásicos con gran respaldo filológico. Ese mismo espíritu, el de hacernos contemporáneos de todos los hombres gracias a la palabra impresa, se halla en la Bibliotheca Scriptorvm Graecorvm et Romanorvm Mexicana, colección ilustre de nuestra no menos ilustre Universidad Nacional, a la que pertenece el investigador Bulmaro Reyes Coria, que describe aquí los afanes de esa serie. Yolanda Argudín remata este mínimo repaso, que inevitablemente queda trunco —pues requeriríamos una decena de números para pasar la vista por otras acertadas colecciones como Sepan Cuantos..., Letras Mexicanas o Austral, y sus epígonos contemporáneos, como Andanzas o Panorama de Narrativas—, con un retrato a toda velocidad algunas de las obras publicadas por Biblioteca Era en el último lustro.

## Sumario

Para qué sirve una colección editorial	2
<i>Laura Lecuona</i>	
Volar alto	4
<i>Eduardo Mejía</i>	
Una modesta enciclopedia	6
<i>Adolfo Castañón</i>	
Elogio del libro pequeño	8
<i>Alejandro Carrión</i>	
Brillo de La Pléiade	10
<i>Christian Moire</i>	
Palmarés de la colección	11
Antigüedad contemporánea	12
<i>Bulmaro Reyes Coria</i>	
Biblioteca Era	14
<i>Yolanda Argudín</i>	
El principio formal	16
<i>Alberto Blanco</i>	
La eutanasia examinada	18
<i>John Keown</i>	
Práctica y ética de la eutanasia	20
<i>Asunción Álvarez del Río</i>	
El debate impostergable	22
Problema infernal	25
<i>Samantha Power</i>	
El mito de la diosa	28
<i>Anne Baring y Jules Cashford</i>	
Lecciones de los maestros	30
<i>George Steiner</i>	

Laura Lecuona es coordinadora editorial de Editorial Paidós Mexicana ■ Eduardo Mejía es periodista, editor y escritor ■ Adolfo Castañón es editor, traductor, escritor, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua ■ Christian Moire es escritor y dirige la Oficina del Libro de la Embajada de Francia en México ■ Bulmaro Reyes Coria es editor e investigador del Instituto de Investigaciones Filológicas, de la UNAM ■ Yolanda Argudín es escritora ■ Alberto Blanco es escritor y artista plástico ■ John Keown es filósofo, especialista en ética ■ Asunción Álvarez del Río es psicóloga ■ Samantha Power es profesora de políticas públicas en la Universidad de Harvard ■ Anne Baring es psicoanalista, interesada en religiones ■ Jules Cashford es profesora, experta en mitología ■ George Steiner es filósofo, autor entre otras obras de *Después de Babel*

Y para acercar a nuestros lectores a obras de reciente o inminente aparición, ofrecemos un poema de Alberto Blanco, tomado de *La bora y la neblina*, donde se reúne buena parte de su obra poética; fragmentos de John Keown y Asunción Álvarez del Río para documentar las discusiones sobre la eutanasia, con énfasis en la situación que esa práctica médica tiene entre nosotros; un sacudidor texto de Samantha Power sobre la cínica inacción estadounidense frente al genocidio; las palabras de Anne Baring y Jules Cashford sobre la inesperada similitud de diversas deidades femeninas, así como un texto de George Steiner acerca del complejo vínculo entre los profesores y sus alumnos.

**Directora del FCE**  
Consuelo Sáizar

**Director de La Gaceta**  
Tomás Granados Salinas

#### Consejo editorial

Consuelo Sáizar, Ricardo Nudelman, Joaquín Díez-Canedo, Martí Soler, María del Carmen Farías, Laura González Durán, Carolina Cordero, Nina Álvarez-Icaza, Paola Morán, Luis Arturo Pelayo, Pablo Martínez Lozada, Álvaro Enrigue, Miriam Martínez Garza, Fausto Hernández Trillo, Karla López G., Alejandro Valles Santo Tomás, Héctor Chávez, Delia Peña, Antonio Hernández Estrella, Juan Camilo Sierra (Colombia), Marcelo Díaz (España), Leandro de Sagastizábal (Argentina), Julio Sau (Chile), Carlos Maza (Perú), Isaac Vinic (Brasil), Pedro Juan Tucac (Venezuela), Ignacio de Echevarría (Estados Unidos), César Ángel Aguilar Asiain (Guatemala)

#### Impresión

Impresora y Encuadernadora Progreso, SA de CV

#### Diseño y formación

Marina Garone  
y Cristóbal Henestrosa

#### Ilustraciones

Raúl G. Plancarte

*La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* es una publicación mensual editada por el Fondo de Cultura Económica, con domicilio en Carretera Picacho-Ajusco 227, Colonia Bosques del Pedregal, Delegación Tlalpan, Distrito Federal, México. *Editor responsable:* Tomás Granados Salinas. Certificado de Licitud de Título 8635 y de Licitud de Contenido 6080, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de junio de 1995. *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* es un nombre registrado en el Instituto Nacional del Derecho de Autor, con el número 04-2001-112210102100, el 22 de noviembre de 2001. Registro Postal, Publicación Periódica: PPO9-0206. Distribuida por el propio Fondo de Cultura Económica.

**Correo electrónico**  
gacetafce@fce.com.mx

## Para qué sirve una colección editorial

LAURA LECUONA

**Hay muchas taxonomías aplicables al reino editorial, tantas como personas dispuestas a clasificar libros. Para quienes publican obras, pensar en colecciones es el modo más natural de establecer un orden, casi siempre arbitrario, que sirva de mensaje al anónimo lector al que se dirige cada título. En este compacto y lúcido ensayo, una de las editoras más innovadoras de nuestro país equipara al editor que crea colecciones con el coleccionista**

*Lo que está en juego es el deseo furioso del ser humano de vencer la condición efímera de las cosas cuando las experimenta aisladas en el tiempo. Un botón por aquí, un caracol de mar por allá, una minúscula cazuela extraviada en los años, ¿qué significan? En cambio, enmarcados en un conjunto adquieren sentido, ofrecen la ilusión de que, pese al flujo incesante de la vida, algo podemos controlar.*

BERTA HIRIART

Una colección, define Berta Hiriart en su ensayo *Colección de colecciones* (México, Paidós, 2002, Amateurs), es el acopio intencional y amoroso de objetos de una misma especie, mientras que coleccionar es un ejercicio de observación y búsqueda. Si algún paralelismo hay entre el editor responsable de armar una colección de libros y el aficionado que sin otro objetivo que calmar la sed de acopio acumula y atesora timbres postales o barcos a escala a lo largo de su vida, es éste: el editor observa y busca, de preferencia con cierta entrega apasionada a su trabajo, obras que puedan formar parte de una misma serie con características definidas. En esta búsqueda, encuentra, o impone y crea, una relación entre obras distintas entre sí. Observa lo que hay común entre ellas, o bien, al agruparlas en un conjunto, él mismo, con su activa intervención, hace que lleguen a tener algo en común, algo que no necesariamente está dado de antemano o no es evidente a primera vista.

En efecto, la relación entre los libros que conforman una colección no siempre es obvia; muchas veces es sólo la intención del editor lo que los vuelve parte de un mismo conjunto más o menos uniforme. De nuevo nos ilustra Berta Hiriart: en todo coleccionista (o, añadido, en todo editor) “predomina una mirada. Es ésta la que convierte cualquier objeto [...] en algo digno de coleccionar. Se trata de una mirada que considera las cosas como posibles fragmentos de una cierta totalidad constituida con criterios únicos.”

Qué puedan tener en común los libros de una colección, qué criterios se empleen para ordenarlos y juntarlos y hacer que formen una sola totalidad, es algo abierto que le da al editor mucha libertad para crear nuevas series. Puede ser algo aparentemente obvio o natural, como la disciplina, el género o el tema, el lugar que las obras ocupen en el canon literario, la edad o la preparación de los lectores destinatarios. Puede ser algo tan aleatorio como el tamaño de la letra con que estén formados los libros, su precio o su extensión. Puede ser algo tan ajeno a lo literario como la edad, el sexo o la nacionalidad de los escritores. Eso sí, una vez que se han definido esos criterios, es importante respetarlos a toda costa. De lo contrario se pone en riesgo la fidelidad y la constancia de nuestro lector ideal: ese que persigue y compra los libros de la colección por el solo hecho de que pertenecen precisamente a esa colección que a él tanto le gusta e interesa.

Tener los libros ordenados por colecciones otorga una valiosa ayuda al editor para enfocar su búsqueda de nuevas obras que publicar y para armar su programa de producción. El universo de obras a su disposición, o de obras posibles aún no escritas, se reduce a un tamaño finito y manejable. Al mismo tiempo, le facilita tener el catálogo organizado temáticamente y le permite dar a su oferta cierta congruencia, emitir un mensaje al público pendiente de sus lanzamientos. De hecho, cada colección es como una minieditorial en sí misma; cada colección tiene ciertas finalidades y cierto perfil, asume cierto compromiso, se va configurando con cierto sistema, se alimenta con cierto ritmo.

Desde luego, esta disposición de los libros en colecciones también acarrea indudables ventajas a los lectores, sobre todo a los golosos, insaciables y aventureros. Cada colección es una recomendación implícita que nos hace ese amigo lector invisible tras bambalinas, al que se concede cierta autoridad, que es la figura del editor. “¿Te gustó esta biografía de Carson McCullers? ¡Ah, mira!, también en esta colección tengo la de Jane Bowles, posiblemente te interesará.” “Si este libro de divulgación científica te despertó inquietudes, revisa esta lista de varias obras pensadas para lectores con tu perfil.” “¿Disfrutaste *Orgullo y prejuicio* en este formato pequeño y elegante? Entonces *Sentido y sensibilidad* lo tienes que comprar en esta misma serie.”

El lector de novela contemporánea deseoso de descubrir nuevos autores o escritores poco conocidos se habrá dado cuenta de que el amarillo Panorama de Narrativas de Anagrama y las negras Andanzas de Tusquets son las apuestas más seguras, las que mejor garantizan que no se verá defraudado. En los años ochenta, la adolescente aficionada a la literatura fantástica y de terror se emocionaba cada vez que aparecía en la

**Cada colección es como una minieditorial en sí misma; cada colección tiene ciertas finalidades y cierto perfil, asume cierto compromiso, se va configurando con cierto sistema, se alimenta con cierto ritmo**

mesa de novedades un nuevo volumen azul en pasta dura de la exquisita colección El Ojo sin Párpado de Editorial Siruela. El estudiante de filosofía o de literatura grecolatina sabe bien que la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana y la Biblioteca Clásica Gredos ofrecen las traducciones más fiables, pero si se trata de subrayar el *Parménides* de Platón para citarlo en el trabajo de historia de la filosofía o leerlo en el trolebús, tal vez sea más recomendable el volumen en Iniciación Filosófica de Aguilar, que se puede maltratar y deshojar sin remordimiento. Si alguien no quiere gastar mucho en *La madre naturaleza* de Emilia Pardo Bazán comprará el volumen de Sepan Cuantos en Porrúa, pero si le interesa una edición bien cuidada, más el complemento de un aparato crítico y una larga introducción, mejor se esperará hasta conseguirlo en Letras Hispánicas de Cátedra.

Si un editor asume plenamente ese compromiso tácito que adquiere frente a los compradores de su colección y si tiene siempre presente su propia faceta de visitante de librerías afanoso por llevarse a casa nuevas lecturas, tendrá mayores probabilidades de dar en el blanco y conseguir la aceptación de ese lector fiel e ideal.

Está de moda preguntar qué pueden hacer los editores para fomentar la lectura (¿como si publicar libros y colocarlos en las librerías no fuese de suyo una tarea suficientemente importante encaminada a ese fin!). Pues bien, otra respuesta posible es recordar este papel del editor, también desempeñado por el maestro, el crítico literario, el reseñista y en ocasiones (cada vez más escasas) el librero, como orientador de lecturas. Una colección es toda una propuesta cultural en marcha. Una colección bien armada dará cauce a la avidez de más de un lector que se aficione a ella y le proporcionará libros y lecturas para rato. **G**



# Volar alto

EDUARDO MEJÍA

**La Serie del Volador es una de las altas cumbres de la inventiva editorial en México. Joya de la corona del catálogo de Joaquín Mortiz, albergó a casi todos los escritores que dieron forma a la historia literaria nacional de la segunda mitad del siglo xx. Escrita en sensible clave personal, esta evocación recorre los hallazgos y el rigor editorial con que Joaquín Díez-Canedo perfiló esa colección**

La industria editorial mexicana, que desde los años cuarenta y cincuenta se situó como la mejor del mundo de habla hispana hasta que las crisis nos alcanzaron, tiene como eje al Fondo de Cultura Económica de Daniel Cosío Villegas y Arnaldo Orfila Reynal; de él surgieron o se desarrollaron tres de nuestras principales editoriales, que se fundaron en los sesenta, por diversas causas: Joaquín Mortiz, Ediciones Era y Siglo XXI Editores.

La primera, dirigida por Joaquín Díez-Canedo y como segundo Bernardo Giner de los Ríos (ambos a la altura de sus muy célebres nombres en la literatura española), se convirtió en el puntal de las letras mexicanas; al revisar su catálogo encontramos a los mejores escritores tanto nacionales como extranjeros, y además fue el escaparate de autores que, a causa de la tenebrosa dictadura franquista, podían publicar los libros que la censura de España prohibía y perseguía.

Gracias a Joaquín Mortiz pudimos (y los españoles pudieron) leer a Juan Goytisolo, a Consuelo Álvarez, a Jaime Gil de Biedma, a Luis Cernuda, además de a Günter Grass, Alan Sillitoe, Jean Cau, Mary McCarthy y algunos estadounidenses poco difundidos, como James Purdy, Hortence Callisher, Susan Sontag, Jules Feiffer.

Aunque tuvo (hablamos de 1962 a mediados de los ochenta, cuando pasó a ser parte del grupo Planeta, ya con otras dimensiones) colecciones dedicadas a la psicología, a la sociología, al ensayo político, será recordada como una de las mejores en su ámbito por Narradores Contemporáneos (pasta dura, camisa), Nueva Narrativa Hispánica (a la rústica, pero muy elegante, con guardapolvos transparentes, portadas muy atractivas) y sobre todo la Serie del Volador, de tamaño pequeño, a la rústica, con formato y portadas innovadores.

Los grandes nombres de la literatura hispanoamericana se vieron publicados en esta colección: Octavio Paz, Carlos Fuentes, José Donoso, Rosario Castellanos, Juan José Arreola, Juan García Ponce, Sergio Pitol, José Agustín y más. Esto solo es suficiente para colocarla como una de las mejores colecciones que hayan aparecido en la industria editorial mexicana, y sería innecesario alargarnos más, pero la historia es muy nutrida y

tiene mucho que ver con el desarrollo de la cultura mexicana, con ilustres antecedentes, una plenitud deslumbrante y un legado impresionante.

El Volador es un nombre importante en la historia del libro mexicano; en el Mercado del Volador, que persistió hasta bien entrado el siglo xx, se encontraban varias de las mejores librerías que existieron desde el siglo xix; donde ahora está el edificio de la Suprema Corte de Justicia estaban las librerías de Navarro, de Medina, de Cicerón (éstas, muy cambiadas, subsisten en otros sitios), de Villarreal, de Juan López y El Murciélagos. José Emilio Pacheco nos recuerda que el nombre de la colección deviene del conjunto de las librerías, que estaban allí; entonces, para publicar, los autores acudían a París o a Madrid, o los libreros hacían sus propias ediciones y las vendían por suscripción, esos títulos, de ediciones limitadas, se reeditaron muchos años después, o fueron recogidos por discípulos, y después cayeron en las benéficas arcas de Porrúa, que comenzó su historia como librería en el último cuarto del xix, y comenzó a publicar en 1914 (en plena dictadura de Victoriano Huerta, y para mayor asombro una antología: *Las cien mejores poesías líricas mexicanas*, de Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado y Manuel Toussaint —se me permitirá una acotación personal: en la secundaria, una maestra me prohibía la entrada

a su clase si no me cortaba el cabello; preferí refugiarme en la biblioteca, y leí, todo un año, ese libro, en primera edición, sin saberlo ni apreciarlo, hasta memorizarlo—); así, el Volador recoge y hace propia una tradición mexicana añeja e ilustre.

Pero hay mucho más: Joaquín Díez-Canedo inició y dirigió en el Fondo de Cultura Económica la colección Letras Mexicanas, cuyo primer título fue una selección de poemas de Alfonso Reyes y que culminó con otras obras fundamentales: el segundo título fue *Confabulario*, de Juan José Arreola; el tercero, *El nuevo Narciso*, de Enrique González Martínez; ésta no es la historia de Letras Mexicanas (aunque no hay que dejar de incluir *La región más transparente*, de Fuentes; *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo; *La estación violenta*, de Paz, y muchos más que son nuestro orgullo y gloria), pero es importante para ver todo lo que le debe la literatura a don Joaquín: nadie con su ojo clínico, con su rigor pero también con su bondad y amabilidad, para descubrir autores e impulsarlos.

Si Letras Mexicanas significó en sus inicios, a principios de los cincuenta, la puerta de entrada (la puerta grande) al mundo de las letras, ya en los sesenta ser incluido en esta colección significaba la consagración; en los sesenta, un momento de gran impulso y de esplendor (como lo demuestra José Emilio Pacheco en su homenaje a Díez-Canedo); los jóvenes aspiraban a ser conocidos mediante la colección Ficción de la Universidad Veracruzana o en la Nuevos Valores, de Novaro (y en algún

**Cabe preguntarse por qué todos querían publicar en Joaquín Mortiz, en especial en la Serie del Volador, y a qué se debía su prestigio; tomando cualquier libro al azar se tiene la respuesta: pocas colecciones han sido tan pulcras, tan elegantes, tan fáciles de leer aunque a veces los textos sean herméticos**



momento, por desgracia breve, en Diógenes, de Giménez Siles y Emmanuel Carballo), y a publicar su segundo libro en la Serie del Volador.

Pero don Joaquín iba más allá: allí debutaron Salvador Elizondo (*Farabeuf*), Gustavo Sainz (*Gazapo*) y José Agustín (*De perfil*); allí publicaron obras muy importantes Vicente Leñero (*El garabato*, *Redil de ovejas*); Juan Goytisolo vio su pícara *La isla*; allí se dio a conocer mundialmente José Donoso (*Este domingo*, *El lugar sin límites*); allí publicó Fuentes algunos de sus libros clave (*Cantar de ciegos*, *Cumpleaños* —tan mal leído— y su drama *El tuerto es rey*); allí se peleó la mafia en la novela de ese nombre, de Luis Guillermo Piazza; allí se consagró José Emilio Pacheco como traductor (*Como es*, de Beckett) y se reafirmó como narrador (*Morirás lejos*, *El principio del placer*); allí ganó fama de perverso Juan García Ponce (*Figura de paja*, *La vida perdurable*, *Unión*), pero también de erudito humorista (*Desconsideraciones*).

Pero también acudieron los que ya para entonces estaban consagrados, como Rosario Castellanos (*Álbum de familia*), Edmundo Valadés (*Las dualidades funestas*), Augusto Monterroso (la reedición de *Obras completas y otros cuentos*); Arreola editó su única novela (*La feria*), Octavio Paz dos de sus mejores ensayos (*Claude Levi-Strauss y Cuadrivio*), Sergio Galindo tres de sus libros clave (*Oh, hermoso mundo*, *La comparsa y Nudo*), y ese iconoclasta que hasta el cine ha temido, Jules Feiffer (*Harry es un perro con las mujeres*).

Su catálogo fue impresionante; todos ambicionaban ver su nombre en él, aunque a veces, por las dimensiones, pasaban a Novelistas Contemporáneos (Sainz, Leñero, García Ponce) o a Nueva Narrativa Hispánica (José Agustín, quien la inauguró con *Inventando que sueño*, y regresó al Volador con *Se está haciendo tarde*, *Abolición de la propiedad*, *Círculo vicioso*). No es ocioso agregar que Jorge Ibarguengoitia se consagró en esta colec-

ción con sus mejores obras (*Los relámpagos de agosto*, *La ley de Herodes*, *Maten al león*) y Efraín Huerta publicó la versión económica de su *Poesía*.

Todos anhelaban verse en la Serie del Volador; no todos lo lograron. Presionaban a don Joaquín, llamaban impacientes para ver si eran aceptados, y si la respuesta era afirmativa, para que lo lanzara a la calle, sin saber si la editorial podía soportar los gastos, si no se encimaban otros títulos; algunos se desesperaron, recogieron su manuscrito, y se arrepintieron toda su vida; otros nunca se atrevieron y también se arrepintieron (otra intromisión personal: ya con mi tercer libro publicado, Bernardo me confesó que don Joaquín, cada vez que los visitaba, le preguntaba si yo había llevado algún libro, y que de haberlo hecho lo habrían publicado; no me arrepiento porque sentiría que hubiera sido un abuso de confianza aprovecharme de la amistad de ambos, que es de las posesiones que más valoro en mi vida).

Cabe preguntarse por qué todos querían publicar en Joaquín Mortiz, y en especial en la Serie del Volador, y a qué se debía su prestigio; tomando cualquier libro al azar se tiene la respuesta: pocas colecciones han sido tan pulcras, tan elegantes, tan fáciles de leer aunque a veces los textos sean herméticos.

El tamaño es muy cómodo, de 13 por 11.3 centímetros, que lo hacía muy manuable; el lomo pocas veces se maltrataba, incluso cuando era muy grande (como *De perfil*), no se quebraba; el papel, grueso y acremado, le daba buen volumen y las páginas no transparentaban; la tipografía, en Baskerville, de 11 en 13 o 12 en 14 puntos, era muy legible. Por desgracia, los colores, en versalitas, daban cuenta sólo de fecha y lugar de impresión (casi siempre en Editorial Muñoz, en Cerrada de Doctor Márquez 81, México 7, Distrito Federal), pero no de quién la cuidaba, que por lo regular eran los mismos Díez-Canedo y Bernardo Giner de los Ríos.

Pocas veces tenían erratas, aunque hay por ahí alguna línea repetida (en *La ley de Herodes*, errata frecuente cuando los libros se hacían en linotipo) o un personaje con nombre cambiado (*De perfil*) (García Ponce se quejaba de que en *La vida perdurable* se le había cambiado un “en sí” por un “en mí”, pero aún no localizo el sitio exacto); le dieron nueva vida a las versalitas —mayúsculas en tamaño de minúsculas—, tan menospreciadas en otras editoriales, porque no las usaban sólo para lo que se usan —para siglos, siglas y expresiones en mayúsculas—, sino que en muchos de los títulos (no en todos: también tenían inconsistencias) la primera línea del cuento o del capítulo estaba formada en versalitas, lo que le daba un cuerpo diferente de los otros libros.

Los títulos de cuentos o de capítulos estaban en altas, dos puntos más grandes, y los colgados, imperceptibles, eran de apenas dos cuadratines a principios de texto, lo mismo que entre subcapítulos; como era una colección económica, podían empezar capítulos en página par, pero no ocurría así en textos breves; cumplían con el requisito de abrir con dos falsas, doble portadilla, autor y título en la 3, editorial y colección en la 4; portada sobria, con autor (18 puntos) y título (24) en cursivas; la página legal en la 6, muy elegante, colgada hasta el final, y en la 7 el principio del libro; los índices al final, con líneas punteadas, respetando el original, si estaban numerados o no, en letras normales. Muy moderna, no tenía cornisas y los folios, en los extremos exteriores al final de la

caja. Fue de las primeras editoriales en acentuar mayúsculas. Si el libro era de cuentos, los títulos estaban en falsas, en páginas non.

Le tengo un particular afecto porque los tres primeros libros que me compré con el producto de mi trabajo fueron *Las buenas conciencias*, de Fuentes; y dos de la Serie del Volador: *Figura de paja*, de García Ponce, y *Farabeuf*, de Elizondo. El primer autor que me obsequió un libro fue Gustavo Sainz, *Gazapo*. Poseo casi la colección completa, y decenas de títulos de la colección, autografiados por los autores; alguno de ellos tiene en el colofón mi fecha de mi cumpleaños, a manera de travesía dedicatoria de Bernardo Giner de los Ríos.

La colección no terminó, aunque cambió de formato, más alto y más esbelto, y ha incluido a algunos de los autores novelados más renombrados (Jorge Volpi, Álvaro Enrigue), aunque da la impresión de que los jóvenes tienen pretensiones megalomaniacas y desprecian al Volador; no está de más recordarles que allí se publican los títulos galardonados con el Premio Nacional de Cuento, y que el catálogo es el de casi toda la literatura importante del último medio siglo. Definitivamente, publicar en el Volador era consagrarse.

Debo terminar mencionando a algunos de sus héroes anónimos, con portadas, correcciones, dictámenes y solapas: Vicente Rojo, Rafael López Castro, los hermanos Castro Leñero, Vicente Leñero, José Emilio Pacheco, Gustavo Sainz, a quienes están dedicadas estas remembranzas. 

## Una modesta enciclopedia

ADOLFO CASTAÑÓN

**Uno de los pilares de nuestra casa es la colección Breviarios, que ofrece valiosas, útiles y disfrutables puertas de entrada a muchísimos temas, de todas las disciplinas humanas. Material e intelectualmente identificables, estos libros sintetizan una de las grandes metas de todo editor: ofrecer un conjunto armónico de obras, de buena factura, fácilmente identificables, como simbólico sello de garantía, como se describe en este texto, publicado por cortesía de su autor**

El diccionario define la voz *breviario* como el “libro que contiene el rezo eclesiástico de todo el año”. En su segunda acepción figura como “epítome o compendio.” Los primeros breviarios fueron anteriores a la invención de la imprenta: por ejemplo, el famoso libro de horas (tan famoso como lujoso) *Breviarium Mayer Van Den Bergh* del siglo xiv que, al mismo tiempo que contiene las oraciones y rezos eclesiásticos de todo el año, incluye en filigrana y en sus márgenes motivos plásticos alusivos a las estaciones. El diccionario registra otras dos acepciones: una de índole tipográfica como la “fundición de nueve puntos [...] que solía usarse en las antiguas impresiones del *breviario* romano”, y una cuarta, ya en desuso, de breviario como libro de memorias.

La colección llamada Breviarios dentro del catálogo del Fondo de Cultura Económica empezó a publicarse en 1948. Fue un proyecto en el que colaboraron traductores y escritores como Alfonso Reyes y Eugenio Ímaz. Sus primeros diez títulos fueron: de Cecile Maurice Bowra, *Historia de la literatura griega*, en traducción de Alfonso Reyes; de Arthur Stanley Turville, *La inquisición española*, en traducción de Javier Malagón y Helena Pereña; de Harold Nicolson, *La diplomacia*, en traducción de Adolfo Álvarez Buylla; de Robert G. Escarpit, *Historia de la literatura francesa*; de Norman Hepburn Baynes, *El imperio bizantino*, en traducción de María Luisa Díez-Canedo y Francisco Giner de los Ríos; de Adolfo Salazar, *La danza y el ballet*; de Gilbert Murray, *Eurípides y su tiempo*, también en traducción de Alfonso Reyes; de Leslie Clarence Duna, *Herencia, raza y sociedad*, en traducción de Enrique Beltrán; de Juan de la Encina, *La pintura italiana del renacimiento*; y de Martin Buber, *¿Qué es el hombre?*, en traducción de Eugenio Ímaz.

La colección Breviarios —en términos estrictamente editoriales, de diseño y formulación tipográfica— parece inspirada en la serie *The World's Classics* publicada por Oxford University Press a principios del siglo xx y que se continuaría reimprimiendo hasta poco antes de la guerra, como es el caso del libro de Ralph Waldo Emerson *Essays. First and Second Series* que para para la Oxford University Press hizo en Londres el impre-



sor Humphrey Milford. El libro inglés que tengo ante mis ojos mide 10.3 cm de ancho, 16.4 de alto y 1.8 de grueso, una medida similar a la de los Breviarios (por ejemplo, el Breviario 439 de Catherine Clement sobre *Claude Lévi-Strauss*, en traducción de Víctor Goldstein, que mide 11 cm de ancho, 16.8 cm de alto y tiene —qué coincidencia— también 1.8 cm de grueso y, como el inglés, una tipografía de 9/10).

Publicados a fines de los años cuarenta, los Breviarios tienen cierto parentesco editorial con otras colecciones emblemáticas, en particular con la colección Austral que Espasa-Calpe empieza a editar también por esos años y que tiene como nuestros breviarios una división conceptual/cromática (por cierto, las medidas de los australes son 18 cm x 11.6). Ese “aire de familia” no sólo concierne al tamaño, sino también a la estructura editorial, a la *figura* que compone su catálogo.

De la misma manera que los antiguos breviarios religiosos manuscritos e iluminados compendaban los rezos y oraciones junto con un paisaje de las estaciones del año que hacían del breviario también un almanaque que incluía los fenómenos meteorológicos, de esa misma forma se podría pensar que los editores de Breviarios y de las series afines en otros sellos editoriales —como antes la Colección Universal de Espasa-Calpe o, en otras latitudes, los famosos *Que Sais-je?* editados por Presses Universitaires de France— tenían como propósito el de contribuir a formar ya no por supuesto al cristiano o a la cristiana (oh, John Bunyan, que luego del *Progreso del peregrino* escribiste el *Progreso de la peregrina*), sino al ciudadano educado en diversas artes y disciplinas tanto en el saber del pasado como en el conocimiento actualizado, puesto al día del mundo circundante.

La eficacia simbólica de una colección como la de los Breviarios estriba en proponer al lector una enciclopedia en pro-

**La eficacia simbólica de una colección como Breviarios estriba en proponer al lector una enciclopedia en proceso y en marcha que se podía ir adquiriendo con facilidades económicas**

ceso y en marcha que se podía ir adquiriendo con facilidades económicas (como realmente sucedió en la época del doctor Arnaldo Orfila Reynal, quien heredó el proyecto de don Daniel Cosío Villegas, dándole nuevos bríos y un lanzamiento comercial) y que, además, era susceptible, otro rasgo de esa eficacia simbólica, de irse coleccionando en muebles de madera o en librerías fabricados *ad hoc*. De esta suerte, los Breviarios fueron concebidos como una verdadera biblioteca doméstica para los estudiantes y profesores universitarios mexicanos e hispanoamericanos. Por supuesto, detrás de la eficacia simbólica de una colección como ésta, se despliega la eficacia soberana de una *idea* que ha recorrido a occidente y a oriente desde los griegos, latinos, árabes, medievales e ilustrados.

Esa *idea* es la de un círculo o ciclo capaz de absorber y orientar *todo* el conocimiento del mundo. Esa idea es, ni más ni menos, la de la Enciclopedia. *Enciclopedias y diccionarios* es precisamente el libro de Alain Rey<sup>1</sup> que, publicado en Breviarios, puede dar idea del alcance geográfico e histórico de esa *idea* que está detrás de esa enciclopedia sigilosa que se encubre en los Breviarios. El libro de Alain Rey fue editado originalmente como el número 2000 de la colección francesa *Que Sais-je?*, otra serie enciclopédica.

A la fecha de abril de 2005, los Breviarios cuentan con más de 540 títulos que se distribuyen en diversas categorías: historia y crítica literaria, filosofía, teoría política, historia del arte, historia de la religión, entre muchos otros temas. Los autores de estos libritos han sido elegidos entre los más conspicuos y relevantes autores de su campo de estudio. Junta asombrosa,

<sup>1</sup> Alain Rey, *Enciclopedias y diccionarios*, traducción de Adolfo Castañón, México, FCE, 1ª ed. en francés, 1982 (París, PUF); 1ª ed. en español, 1988, 186 pp.

junta de asombros, el conjunto que aquí hace paisaje cuenta nombres como Bertrand Russell y Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges o Michael Wood, Claude Lévi-Strauss, Jose Guilherme Merquior, Julio Torri o Agustín Millares Carlo.

Como editor en el Fondo de Cultura Económica, me tocó celebrar en secreto, sin pitos ni flautas, un aniversario memorable que, por supuesto, pasó inadvertido. Así se editó el Breviario número 500 y nos propusimos que coincidiera este número con un libro notable y desde luego emblemático tanto de la editorial y de esta colección en particular como de los tiempos que nos van viviendo. Luego de minuciosas deliberaciones con don Jaime García Terrés —a la sazón director del FCE y con algunos de sus consejeros, como el filósofo y escritor Alejandro Rossi— llegamos al acuerdo de asignar el número 500 al pensador brasileño José Guilherme Merquior. Recuerdo como un momento de relampagueante felicidad aquel en que le confirmamos al autor esta decisión: Merquior, entonces embajador de Brasil en México, habitualmente reservado y circunspecto, no cabía en sí de gusto: no sólo por publicar en la colección sino por el hecho de que se hubiese distinguido a un libro suyo con la asignación de ese número simbólico.

El reto editorial de los Breviarios fue originalmente el de incluir, en la teoría y en la práctica de ese catálogo idealmente total o global, el conocimiento producido en México y en las Américas, por los mexicanos y por los centroamericanos, por los sudamericanos y los usamericanos, por los brasileños y los canadienses, por los españoles y portugueses —esos ciudadanos fronterizos de la cultura producida en el Nuevo Continen-

te—. La nómina de autores, traductores, temas y escritos que se barajan a lo largo de este más de medio centenar de títulos no sólo convocaría una junta de asombros críticos, sino además hablaría, a través de las numerosas reimpresiones de sus títulos, del tino de los editores que a lo largo de los años supieron nutrir con tino y gracia esta colección que no sólo representa un emblema y una clave bibliográfica sino que, más allá, forma parte del patrimonio intangible de nuestras no tan imaginarias instituciones y empresas culturales.

El primer Breviario que recuerdo haber leído es *El toro de Mimos* de Sir Leonard Cottrell, en traducción de Margarita Villegas de Robles. Tendría unos doce años y pensaba por entonces ser arqueólogo. El libro empastado con sus tapas duras de keratol y sus páginas impresas en un papel semi-biblia tenía un aire noble. Otros Breviarios que recuerdo al azar son los relacionados con música, pintura, danza, escultura, cine, como los dedicados a *Juan Sebastián Bach* (Johann Nikolaus Forkel), *Chopin* (Jesús Bal y Gay), *La danza y el ballet* (Adolfo Salazar) que desde muy joven contribuyeron a disimular mi ignorancia. La serie de obras de Gaston Bachelard (*La poética del espacio*, *El aire y los sueños: ensayos sobre la imaginación del movimiento*) han sido libros clave en la formación de muchos lectores como yo. ¿Y qué decir de los títulos consagrados a la filosofía como los dedicados al *Pensamiento prefilosófico*, I: *Egipto y Mesopotamia* y II: *Los hebreos* de Henri Frankfort, W. A. Irwin y Henriette A. Frankfort, o *Kant, vida de doctrina* de Ernst Cassirer? Del mismo modo que los niños que coleccionan estampas juegan a obtener las más raras, de esa misma forma a mí me gustaba reu-

## Elogio del libro pequeño

ALEJANDRO CARRIÓN

Escondido en el bolsillo, como una semilla mínima, viaja a nuestro lado. Es el buen amigo perfecto; no pesa, no incomoda, no cansa la mano. Es discreto. Dice las palabras estrictas: no nos aflige con erudición, ni con frondosidad. Su mensaje es parco y completo. El libro pequeño nunca dice sino lo que se debe decir. Tiene la frase austera, la palabra avara, el concepto claro y desnudo. En sus páginas, es verdad, la letra está un poco apretada. Mas la idea, el espíritu, no sufre de estrechez ni está en prisión. Simplemente está contenido en su propia medida.

Un libro pequeño no puede ser escrito por el indiscreto, por el lenguaraz, por el productor de hojarasca. Tampoco puede serlo por el erudito, que nos tiende laberintos de citas para que no podamos regresar a casa, y nos quedamos dormidos en su bosque de frases sin poda, de periodos de espeso follaje, de tortuosos capítulos con lianas de sabiduría acarreada de los cuatro puntos cardinales. Nosotros hemos entrado confiados en el libro del sabiondo, y he aquí que, iguales a Caperucita, nos ha devorado el lobo feroz del lleno de facundia a mitad del camino.

El libro pequeño es el único que nos da lo que deseamos, en el momento en que lo deseamos y conforme a nuestro deseo. Y lo que es más importante aún, exactamen-

te en la medida en que lo estamos pidiendo. Por ello, nadie más generoso que este amigo oportuno, parco, exacto y estricto. Por ello, también, no hay libro que más amemos ni que más defendamos. Ocultamente sentimos gran satisfacción no confesada cuando el amigo incauto, el que tiene la costumbre de saquear nuestros anaqueles, cae en la celada que le hemos tendido con redomada maldad, y se traga el elogio ampuloso, llevándose escondido bajo el chaleco el grueso infolio que no sabíamos cómo arrojar afuera. Y nos deja nuestro tesoro, el que deseábamos proteger de sus manos ávidas: nuestro libro pequeño.

Pierde en amplitud, sí es verdad, mi hermano; pierde en amplitud, está desnudo de detalles; no podemos conocer el asunto en su infinita, impiadosa variedad. Pero, en cambio, cómo gana, cómo nos hace ganar en síntesis, cómo ese sacrificio del detalle está compensado con la visión de conjunto, la que jamás alcanzaríamos a vislumbrar en el bosque tupido del sabio, interminable infolio. Bienvenido, amigo querido, libro pequeño, que desde lo hondo de mi bolsillo me acompañas y me das en tus palabras parcas, estrictas, el mensaje que mi espíritu pedía, aquel del que mi sed estaba sedienta, y que el lenguaraz, el lleno de facundia, no podía llenar.

Por ejemplo, tomo en mis manos este maravilloso librito de Nicolson, *La diplomacia*. No abulta más que mi cartera. Sus doscientas pequeñas páginas encierran cuanto de esa peligrosa actividad quisiera yo saber. No un resumen, no el infecto digesto que *Selecciones* usa para deshidratar los libros y los ensayos. Una obra completa sobre la diplomacia, en la que Harold

nir los Breviarios discontinuados o raros como por ejemplo el *Atlas del viejo mundo* de don Jorge Hernández Millares. Otros Breviarios sorprendentes y maravillosos por distintas razones son la ya superada *Historia de la astronomía* de Giorgio Abetti, en traducción de Alejandro Rossi; *La estructura de las revoluciones científicas* de Thomas Samuel Kuhn, en traducción de Carlos Solís Santos, o el fundamental *¿Qué es una ley de la naturaleza?* de Erwin Schrödinger. Un breviario curioso es *El libro de la miel* de Eva Crane, en traducción de Mariluz Caso, y podría seguir la enumeración con la *Historia del alfabeto* de Alfred Charles Moorhouse, en traducción de Carlos Villegas; la *Historia de la literatura hispanoamericana*, I. *La Colonia. Cien años de república* y II. *Época contemporánea* de Enrique Anderson Imbert; la *Apología para la historia o el oficio de historiador* de Marc Bloch, que está publicada en Breviarios aunque años más tarde publicamos en la colección de historia el manuscrito definitivo, ampliado y revisado. Otro caso casi de “redundancia” deliberada es el de *Hernán Cortés* de don José Luis Martínez, pues en Breviarios tenemos una versión compendiada de la biografía íntegra realizada por el gran crítico e historiador mexicano.

Otro método para leer los Breviarios del Fondo de Cultura Económica es el que decide la lectura no tanto en función de los temas sino de los traductores. Así, por ejemplo, se recomienda leer *El arte religioso del siglo XII al siglo XVIII* de Emile Mâle por la memorable traducción de Juan José Arreola, *El pensa-*

*miento de los profetas* de I. I. Mattuck por la traducción de Elsa Cecilia Frost, *La historia de la literatura latina* de don Agustín Millares Carlo o *El gusto literario* de L. L. Schuking por la traducción de Margit Frenk.

Una breve nota como ésta no sabría agotar el catálogo de la colección pero sí podría dirigir la atención hacia algunas de sus líneas maestras. Una de ellas es la literatura y se puede sugerir con un par de títulos de los Breviarios: *La poesía: hacia la comprensión de lo poético* de Johannes Pfeiffer y *El gusto literario* de Levin L. Schücking, ambos en traducción de Margit Frenk, obras que han sido claves en la formación de muchos lectores junto con el *James Joyce: introducción crítica* de Harry Levin, en traducción de Antonio Castro Leal, o el *Heiddeger* de George Steiner, en traducción de Jorge Aguilar Mora, o, en fin, el *José Ortega y Gasset* de Alejandro Rossi, Luis Villoro, Fernando Salmerón, y Ramón Xirau. El *Michelet* de Roland Barthes, en traducción de Jorge Ferreiro, y el *Montesquieu* de Jean Starobinski, en traducción de Mónica Utrilla, provenía de la colección Par-lui-Même de Seuil y se inscribieron bien en la colección. Otras series que han servido como canteras para informar la colección son aparte de las mencionadas los Fontana Modern Classics o volviendo al terreno nacional la benemérita serie SEP Setentas que auspició Gonzalo Aguirre Beltrán con la colaboración de Enrique Florescano, Alí Chumacero, Huberto Batis y Felipe Garrido. 📖

**Breviarios no sólo representa un emblema y una clave bibliográfica sino que forma parte del patrimonio intangible de nuestras no tan imaginarias instituciones y empresas culturales**

Nicolson nos explica cuanto hay que saber acerca de ella (excepto el método de palanqueo ante la Cancillería). Una buena historia de su desarrollo desde el siglo XV: la teoría, las varias teorías diplomáticas; la vieja y la nueva diplomacia; un manual de cortesía y tratamientos: nada nos falta. Tenemos, completa, la diplomacia en los bolsillos. No pesa más de lo que pesa un diario, no nos ocupa más espacio que la cartera. Y nos hemos librado de caer en manos falaces y de entrarnos por un bosque de citas y un desfiladero de capítulos oscuros.

O esta maravillosa *Historia de la literatura francesa*, de R. G. Escarpit. Increíblemente completa, con su aspecto de agenda, con sus doscientas páginas breves, en las que vive toda la maravilla del genio galo. Desde los lejanos tiempos del Roman de la Rose, generación tras generación, el genio de la Francia a la llamada de nuestros ojos acude puntual. La brevedad no es mutilación, ni enumeración. Es, simplemente, sobriedad. Diez líneas nos entregan a Ronsard, a Rimbaud, a Corbière, a Apollinaire, a Malraux. Diez líneas, de asombrosa limpidez, de certera crítica, que dibujan al gran poeta, al gran escritor, como las líneas severas de un *sketch* de Picasso trazan una bacante o un centauro.

O la linda *Historia de la literatura griega*, del profesor de Oxford, Bowra, que tan primorosamente tradujo don Alfonso Reyes. Verdadero milagro. El genio griego, que es a lo largo de los siglos la flor equilibrada y estricta, geométrica y apasionada al mismo tiempo, de la especie humana. El genio griego reducido a sus líneas esenciales, a sus hombre torales, vive en el leve libro de brevedad prodigiosa. La claridad ayuda a la con-

cisión, las palabras saben decir exactamente lo que decirse quiere. Y Grecia viene a nosotros como un amigo siempre querido, al menor llamamiento.

O éste, justiciero entre todos, tratado de la Inquisición española que ha escrito A. S. Turberville. Libro en el que existe la ciega pasión que mira con ojos contemporáneos lo sucedido hace siglos. Ninguna información tan sencilla, tan limpia, tan justiciera hubiésemos podido encontrar, porque los grandes libros sobre el tema se venden a la tentación de lo truculento, a la tentación antihispánica, o a la tentación anticatólica, o falazmente nos quieren convencer, como Monsieur de Maistre, de que en realidad la Inquisición fue una hazaña evangélica digna del mismo Jesucristo. Viene el libro breve y nos salva, ejerciendo la justicia histórica en doscientas páginas.

Hay en México una empresa ejemplar que hace libros no con vista al éxito económico, sino al servicio del espíritu. Dirigida por hombres de claro entendimiento y segura visión, proporciona a estudiosos de este continente los libros que su inquietud necesita. Ningún impulso barato ni impuro interviene en esta obra que ha sido tomada con la seriedad y la fe y el desprendimiento que requiere todo apostolado verdadero. Esa empresa se llama Fondo de Cultura Económica, y su última buena acción, al publicar una serie de breviarios maravillosamente escritos y editados, es la que ha inspirado a este escritor, que ama sobre todas las cosas los buenos y hermosos libros, estas líneas en elogio del libro pequeño. 📖

# Brillo de La Pléiade

CHRISTIAN MOIRE

**Hay en la cultura francesa un modo de certificar la trascendencia literaria: entrar en La Pléiade. Esa colección, creada por Jacques Schiffrin hacia 1931, es lo mismo un símbolo de rigor filológico que de estatus intelectual (y aun de esnobismo), una suntuosa invitación al erotismo libresco que es garantía de calidad. Acompañemos al escritor y diplomático Christian Moire en su recorrido por esta serie de resonancias galácticas**

No hay ninguna biblioteca francesa donde no se encuentre uno o varios libros de la colección La Bibliothéque de la Pléiade, reconocibles entre los demás por su cubierta de piel suave realizada con hilo de oro, cada época con un tono de piel: tabaco para el siglo xx, verde esmeralda para el xix, azul para el xviii, rojo veneciano para el xvii, corinto o rojo oscuro para el xvi, morado para la edad media, verde para la antigüedad y por último gris para los textos sagrados y rojo china para las antologías. Detrás de esta apariencia de obra de bibliofilia se esconde un trabajo crítico minucioso e indiscutible que hace de cada libro una referencia obligada, un catálogo razonado y completo, impreso en papel biblia, de las obras del autor que es honrado de esa forma.

Creada en París por Jacques Schiffrin en 1931, adquirida en 1933 por Éditions Gallimard, la colección representa actualmente un tercio de las cifras de venta de la célebre casa editorial de la calle Sébastien Bottin. Números de venta para provocar la envidia: 330 mil volúmenes por año, algunos títulos venden más de 200 mil ejemplares (las obras completas de Saint-Exupéry vendieron 330 mil ejemplares). Es un éxito comercial y editorial sin equivalente que, se murmura, utiliza cada año la piel de 60 mil borregos neozelandeses.

## Una colección creada por un amigo de André Gide

El apellido Schiffrin no le debe ser desconocido al lector. Sin duda ha leído u oído hablar de *La edición sin editores* (México, Era, 2000) escrito por André Schiffrin. En las primeras páginas de ese ensayo que denuncia los daños de la concentración editorial, el autor rinde un conmovedor homenaje a su padre, editor en Francia y después en Estados Unidos, creador de La Bibliothéque de la Pléiade. Originario de Azerbaiyán, Jacques Schiffrin llegó a París en 1920. Cosmopolita y editor de corazón, trató de poner a disposición de un público joven los clásicos de la literatura mundial y muy particularmente la rusa, alemana y francesa. En 1923 creó su propia editorial, las Éditions de la Pléiade/J. Schiffrin & Cie. La insignia de la casa —no me atrevo a hablar de logo— representa un barco navegando bajo la pro-

**El concepto de La Pléiade fue singular e innovador: proponer, en formato de bolsillo, las obras completas de autores clásicos, preservando un gran “confort” de lectura. De ahí el papel biblia, el formato pequeño y la cubierta de piel suave**

tección de siete estrellas de la constelación de la Pléyade. ¡Nada que ver con los poetas reunidos en torno a Ronsard!

En 1931, inauguró La Bibliothéque de la Pléiade con la publicación del primer tomo de las obras de Baudelaire. El concepto de esta nueva colección es singular e innovador: proponer, en formato de bolsillo, las obras completas de autores clásicos, preservando un gran “confort” de lectura. De ahí el papel biblia, el formato pequeño y la cubierta de piel suave.

En una entrevista concedida en 1933, Schiffrin resume sus intenciones: “no se me deben atribuir más meritos de los que he tenido en este asunto. He viajado mucho: son los ingleses y los alemanes quienes me han dado la idea de realizar en Francia lo que a ellos les funcionaba tan bien. Pero, como siempre que se trata de una novedad, tuve que vencer muchas resistencias. Al lector francés, me decían, no le gusta el libro encuadernado. Creo que hoy ya no se me haría reproche alguno. Mire usted: quise hacer algo cómodo, práctico, y tuve en cuenta que los departamentos de hoy en día obligan a poner la mayor cantidad de cosas en el mínimo de espacio. Y además, como amaba los libros, procuré que fueran lo más bellos posible. Eso es todo.”

Eso es todo, nada más simple.

Y sin embargo, en 1933, a pesar del éxito de la colección, Jacques Schiffrin tuvo problemas de liquidez. André Gide y Jacques Schlumberger, ambos administradores de la *Nouvelle Revue Française*, acudieron en su ayuda y trataron de persuadir a Gaston Gallimard de apoyarlo. Así, André Gide pudo convencer a este último de que aceptara salvar la editorial de Schiffrin. Sus herederos, aún propietarios de la editorial, no pueden más que estarle agradecidos.

Jacques Schiffrin dirigió la colección hasta 1941, fecha en la que se exilió en Estados Unidos para huir del antisemitismo y la detención de judíos. Posteriormente grandes nombres de la literatura francesa se ocuparon del destino de la colección. Jean Pauhlan, Raymond Queneau y André Malraux aportaron su grano de arena a esa empresa editorial, que ocupa desde entonces un pabellón de madera recuperado al final de la exposición

universal de 1933, resguardado al fondo del jardín de Éditions Gallimard, en el corazón del barrio Saint-Germain. No se puede soñar con un lugar más propicio para la labor de los editores de la Pléiade.

## Un trabajo crítico de referencia

A pesar de que el aspecto de los volúmenes casi no ha cambiado desde su creación, La Pléiade se convirtió a partir de las décadas de los cincuenta y sesenta en la colección de referencia que conocemos en la actualidad. El aparato crítico se amplió y las condiciones para el establecimiento de los textos se precisaron; desde entonces se busca el equilibrio editorial conciliando el placer de la lectura inmediata con la satisfacción de la legítima curiosidad del investigador.

La ambición de los editores de la colección es publicar las obras completas de cada autor que “entra en la Pléiade” (es la fórmula que se consagró desde aquella época). El editor realiza a partir de ese momento un importante trabajo de reflexión sobre el concepto de obras, fundamentalmente, sobre la manera de reunir las.

Un ejemplo ilustrará el trabajo que realiza el equipo de nueve personas albergado en el pabellón de la Pléiade: los volúmenes de Diderot. “El primer volumen de obras de Diderot agrupará los cuentos y las novelas, clasificadas por orden cronológico. Suena bien. Pero libros tan celebres como *La Religieuse* o *Jacques le fataliste* nunca se imprimieron cuando Diderot vivía, lo que no les impidió conocer una cierta difusión. Difusión y no publicación: la diferencia es importante. En efecto, esos textos fueron reproducidos, en varias entregas, en la *Correspondance Littéraire*, un periódico copiado a mano, cuyos raros ejemplares estaban sobre todo destinados a la nobleza europea aunque también circulaban en los medios filosóficos. Hace falta por tanto consultar y comparar los ejemplares de esta ‘revista’ que se han conservado. Para ordenarlo todo también se cuenta, en ciertos casos, con los manuscritos de Diderot —que algunas veces son anteriores a la fecha en que fueron difundidos en la *Correspondance Littéraire*— y con ma-

nuscritos de un copista, en ocasiones corregidos por Diderot, si bien éstos parecen posteriores... En lo que toca a las ediciones de librería, no aparecieron sino después de la muerte del autor. Todo ello plantea interrogantes sobre el criterio de selección: ¿se debe ubicar *La Religieuse* en la fecha en la que se cree que comenzó la redacción (hacia la década de 1760), o en la época de su difusión en la *Correspondance Littéraire* (en la de 1780), o en la fecha de su publicación póstuma (1796, es decir, doce años después de la muerte de Diderot)?, y principalmente, ¿qué texto está en mejor estado y cuál refleja mejor la voluntad del autor?”

Ese tipo de preguntas deben responder con precaución y sabiduría los editores de La Pléiade. No sorprende, en consecuencia, que se necesiten varios años para preparar un volumen cuyo original mecanografiado alcanza en ocasiones ¡más de un metro de altura! Tampoco sorprende que el precio de venta al público no tenga nada que ver con la ambición de su creador.

### Entrar en La Pléiade: una consagración que pocos autores han conocido en vida

“Los viejos, usted lo sabe, tienen sus manías. Las mías es ser publicado en La Pléiade y editado en su colección de bolsillo... No me detendré, aunque tenga que pedírselo veinte veces. No me responda que su Consejo, etcétera, etcétera... todas las coartadas, comparsas, empleados de su ministerio... la decisión es suya”, escribió Louis-Ferdinand Céline a Gaston Gallimard, el 24 de octubre de 1956.

Gaston Gallimard no cumplió el deseo de Céline. Entre los 191 autores editados en La Pléiade, sólo Gide, Malraux, Claudel, Montherlant, Saint-John Perse, Julien Green, Yourcenar, Char, Gracq, Ionesco y Nathalie Sarraute vieron sus obras publicadas en vida. Hemingway fue el primer autor extranjero contemporáneo que entró en la colección; le siguieron Kafka, Faulkner, Lorca. Voltaire es el autor más ricamente dotado de la colección, con 16 volúmenes. Le siguen Balzac (14), Saint-Simon y Dickens (9), y Green, Giono y Hugo (8).

Alrededor de veinte dominios lingüísticos están representados en el catálogo de la colección, por orden de importancia: el inglés (22 autores, sin contar los trabajos colectivos), el ruso (14), el alemán, el latín, el griego, el chino, el español, el italiano, el francés antiguo; y en menor medida el portugués, el danés, el árabe, el japonés y el sánscrito. Los autores del siglo xx son los más numerosos del catálogo (62 en 2003), mientras que se pueden enumerar, sin contar a los colectivos, 58 autores del siglo xix, 24 de los siglos xvii y xviii, y 17 de la antigüedad y el siglo xvi.

### Una debilidad perdonable

Para terminar, dejo a un lado el punto de vista de la historia y del trabajo editorial para dar paso a consideraciones más personales. No lo ocultemos más: hay una pizca de esnobismo en la adquisición de un ejemplar de La Pléiade —no me refiero a los especialistas en un autor que encontrarán en esta colección una materia irreprochable para alimentar sus trabajos—. ¿Pero qué necesidad tenía yo de ese volumen sobre los escritores-viajeros árabes del siglo xiii? Más allá de esta debilidad perfectamente perdonable —la compra es noble—, el placer de la lectura de un Pléiade es seguro. Quien no ha pasado entre el ín-

## Palmarés de la colección

Antoine de Saint-Exupéry, *Œuvres*, 1953:

340 mil ejemplares

Marcel Proust, *À la recherche du temps perdu*, I, 1954:

250 mil ejemplares

Albert Camus, *Théâtre-récits et nouvelles*, 1962:

218 mil ejemplares

Marcel Proust, *À la recherche du temps perdu*, II, 1954:

208 mil ejemplares

Paul Verlaine, *Œuvres poétiques complètes*, 1938:

207 mil ejemplares

Marcel Proust, *À la recherche du temps perdu*, III, 1957:

198 mil ejemplares

André Malraux, *Romans*, 1947:

160 mil ejemplares

Guillaume Apollinaire, *Œuvre poétique*, 1956:

143 mil ejemplares

Blaise Pascal, *Œuvres complètes*, 1936:

135 mil ejemplares

Tolstoi, *Guerre et paix*, 1945:

134 mil ejemplares

### Algunas cifras

Formato: 105 × 170 mm

Número de títulos disponibles: 450

Número de títulos en catálogo: 500

Número de novedades anuales: 11

Ventas netas anuales: 310 mil ejemplares

Precio de venta promedio: €53.00

(50 títulos a menos de €45.00)

Reimpresiones anuales de títulos del fondo: 59

Peso del fondo en las ventas: 78 por ciento 

dice y el pulgar las páginas frágiles y volátiles de una de esas obras no ha conocido la recompensa reservada al mejor de los lectores: el placer del texto y del objeto. La colección es un joyero de selecciones de la literatura universal.

Si encallara en una isla desierta, sin ninguna duda rescataría antes del naufragio un Pléiade, tomaría sin titubear la “antología poética” que Gide ofreció en homenaje a su amigo Schiffrin, a menos de que me aferrara a los cuatro ejemplares de las obras de Jean Giono... 

*Traducción de Kenya Bello.*



## Antigüedad contemporánea

BULMARO REYES CORIA

**La UNAM bien puede aspirar al título de ser la editorial más grande de México. De las muchas series de libros que ha puesto a circular, destaca la multilingüe Bibliotheca Scriptorvm Graecorum et Romanorum Mexicana, en cuya producción ha participado el doctor Reyes Coria, traductor y editor que aprecia lo mismo contenido que continente en cada libro impreso**

Tarea fundamental de la Bibliotheca Scriptorvm Graecorum et Romanorum Mexicana es participar activamente en la educación de la juventud mexicana, lo cual no es otra cosa que el mínimo esfuerzo por allanar el abismo que separa a los que tienen riquezas de más, de los que no tienen nada; es decir, “la guerra permanente contra la pobreza”, como dijera Koichiro Matsuura en su juramento como director general de la Unesco.

Sin duda, la educación de una juventud en particular podría significar la educación de los pueblos en general. Y a nadie le quepa la menor duda de que con este propósito educativo universal es como trabajan los profesores universitarios, a pesar de que haya quienes, acaso con pretensión de gloria personal o retribución cualquiera, o por simple ignorancia, afirmen que en la UNAM se hacen libros para ricos. Al contrario, los profesores hacen libros para todos, y la UNAM, al publicarlos sin afán de lucro, los pone al alcance de todos, como lo prueban, entre otros elementos, sus precios bajos.

Aquí, en particular, quiero decir que en México, en todo caso, ni los muy ricos ni los muy pobres podrían tener acceso a las fuentes originales de la sabiduría de griegos y latinos, si instituciones como la nuestra no ofrecieran, acompañados de la traducción española, los textos griegos o latinos de aquellos antiguos escritores que han sido fundamentales en el desarrollo del pensamiento humano de todas las generaciones que han sucedido a aquéllos.

Para muestra de esas obras latinas o griegas, puestas en español, baste la amplísima investigación acerca de la retórica antigua, en que desde hace ya muchos años está empeñada esta Bibliotheca. Ha publicado, por ejemplo, gran cantidad de discursos, como son los escolares de Gorgias, estudiados por Pedro Tapia; los de Iseo, por Gerardo Ramírez; algunos de Cicerón, por Salinas, Pimentel Álvarez, Gaos Schmidt y Ayala; algunos tratados íntimamente relacionados con este campo de la retórica y la educación, como el *Fedro* de Platón, estudiado por García Bacca; el *Diálogo de los oradores* de Tácito, por Heredia. Y por su espíritu normativo, hago hincapié en las obras retóricas de Marco Tulio Cicerón: *Acerca del orador*, por Amparo Gaos Schmidt, y por Bulmaro Reyes Coria, los libros *De la invención retórica*, *El orador perfecto*, *De la partición oratoria* y *Bruto: de los oradores ilustres*.

Sólo para dar una idea de lo que tratan los libros *Acerca del orador*, uno de los personajes de ese diálogo, refiriéndose en concreto a las partes del discurso, muestra irónicamente, aunque sin censurarlos, cómo los preceptos retóricos no son funcionales. Él cree que el juez, en efecto, se hace benévolo hacia el orador durante el desarrollo del discurso, no en el exordio, cuando todo está por oírse; se hace dócil, es decir, apto a la enseñanza, no cuando el orador promete que lo hará, sino cuando explica, y se vuelve atento, gracias no a un primer enunciado, sino a la acción entera. Pero, se insiste en que esos preceptos se vuelven necesarios para aquellos oradores a quienes no asiste la verdad. Los griegos, por ejemplo, eran más deseosos de la contienda que de la verdad; sin embargo, los oradores interesados en triunfar deben ver qué cosa quieren, y de manera especial qué les conviene decir, qué les es decoroso decir. Esta búsqueda del decoro en el hablar se refiere a las capacidades físicas —la voz, la fuerza, el aliento del orador—, y a cosas menos tangibles, como la oportunidad o lo pertinente en cualquier caso. Más claramente, el poder de la elocuencia se robus-

tece con el poder personal que se manifiesta en la sabiduría y en la fortaleza de los individuos.

*De la partición oratoria* representa el más cuidado de todos los tratados de retórica que de la antigüedad hayan sobrevivido, y, siendo el más puramente científico de todos los escritos ciceronianos, es el más útil para los estudiantes de retórica; se le ha conocido como “el catecismo de la retórica”, donde el estudiante aprende no sólo cómo alabar a otros, sino de qué modo aspirar él mismo a ser alabado con derecho; y el orador alcanza este derecho, como exige la teoría de los exordios, si es de vida virtuosa, si cultiva su cuerpo y su alma; si es prudente, justo, fuerte, templado, hábil, sabio, paciente; buen religioso, respetuoso de sus padres, bondadoso, buen amigo; sin contar que debe cultivar hábitos como el estudio de las letras y otras artes (aritmética, música, geometría, astronomía). Todas estas razones que sirven para alabar son válidas no sólo para hablar bien de los demás sino precisamente para alcanzar el derecho de ser alabado él mismo, lo cual, en última instancia, se presume como la otra gran parte de la retórica, según se lee en la *Iliada* de Homero, publicada también en esta colección.

*De la invención retórica* es un utilísimo manual de retórica, ya que enseña cómo se elabora cada una de las partes de un discurso, y cómo se maneja la argumentación en particular, acerca de cada cuestión, en especial la judicial, pero también la deliberativa y la de simple ornato, todo matizado con ejemplos, lo cual vuelve grato el estudio.

Cicerón, en *El orador perfecto*, no solamente expone la imagen, la apariencia, aunque imaginaria, del que podría considerarse orador perfecto, válgase la redundancia; sino también enseña el camino para alcanzar ese estado, aunque de antemano reconoce que, al menos hasta su época, nadie lo había logrado, excepto quizás él mismo. Él, que había levantado gritos y aplausos del público, y sembrado dolor en los jueces; él, que había hecho callar y enmudecer a los más grandes oradores contemporáneos suyos. *El orador perfecto* es un llamado al cultivo del arte de la palabra. Sería tan inútil pedir en verso al albañil que compusiera las goteras de una azotea, como al juez una resolución con palabras vulgares.

El objetivo del Bruto, a grandes rasgos, es juzgar la calidad de los oradores a partir de su actuación: qué es recto o qué es torcido en el decir. Pero en particular es la defensa del autor contra un grupo de jóvenes que censuraban su estilo. Esta apología es importante porque en ella se encuentra uno de los mejores resúmenes que pudieran hacerse de la retórica antigua, en latín *doctrina dicendi*, la doctrina del decir. A partir de ella resulta obvio que sus postulados encierran una fuerza superior, cuya práctica haría hombres cultos, sabios, honestos, e incluso buenos oradores. Buscando al orador perfecto, en un solo párrafo de este libro, Cicerón enumera los funda-

mentos de la perfecta elocuencia: la literatura, su principal fuente; la filosofía, o sea, la lógica y la ética, que es la madre de todo lo bien hecho y de todo lo bien dicho; el derecho civil, que fomenta la prudencia del orador; y la historia patria, que proporciona, en cualquier momento, los más valiosos ejemplos para las más variadas circunstancias, además de exigir el manejo del buen humor, de la capacidad de abstracción y de hacer digresiones; la patética, ya que a veces es necesario relajar los ánimos de los oyentes, a veces deleitarlos, a veces llevarlos a la ira y al llanto, en suma, conmoverlos.

Para ilustrar un poco más la vocación educativa de la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, quiero contar una anécdota. Cuando Alejandro Magno se hallaba de conquista en Asia se enteró de que su maestro Aristóteles había publicado el tratado sobre metafísica; entonces, un tanto molesto, le escribió una carta muy semejante a ésta:

“Alejandro saluda a Aristóteles:

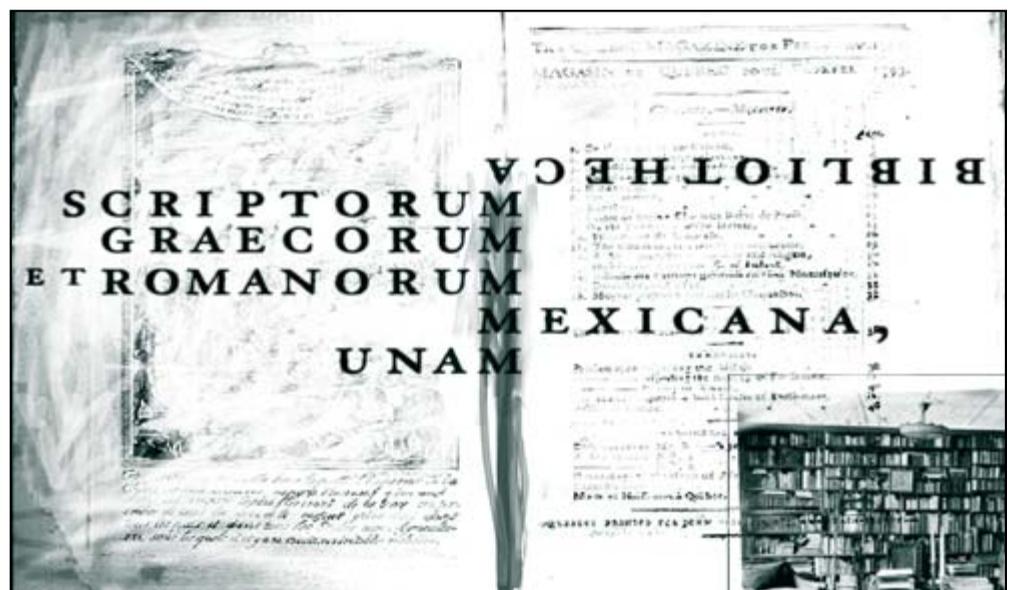
”No estuvo bien, Aristóteles, que publicaras estas difíciles enseñanzas. ¿Ahora, en qué me distinguiré de los demás, si ya todos tienen acceso a las ciencias en

que me instruiste a mí? Acuérdate de que yo, Alejandro, debo ser el mejor en todos los conocimientos útiles y honestos, más que en el poder. Que Dios te guarde.”

Acaso esta anécdota por sí sola explica la importancia del trabajo universitario, y, por ende, la de los libros en el desarrollo humano; y deja ver cómo éstos, los libros, por el simple hecho de su publicación, pueden ser para todos y convertirse, por eso mismo, en las armas que finalmente destruirán las profundas diferencias que lastiman a nuestra sociedad.

Es indudable que en nuestra época, los personajes de la anécdota, Alejandro y Aristóteles, han cobrado vida; acaso nunca han muerto. Pero por supuesto que yo no sé quién pueda ser Alejandro Magno; Aristóteles, sin duda está muy bien representado por la Universidad Nacional Autónoma de México, que, a pesar de todos los pesares, no abandona la tarea de investigar y publicar sus hallazgos, en beneficio de todos, como lo hace a través de la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana.

**Difícilmente se podría tener acceso a las fuentes originales de la sabiduría de griegos y latinos, si instituciones como la UNAM no ofrecieran, acompañados de la traducción española, los textos griegos o latinos de aquellos antiguos escritores que han sido fundamentales en el desarrollo del pensamiento humano de todas las generaciones**



# Lo que era, es

YOLANDA ARGUDÍN

**A vuelo de pájaro por los aciertos recientes de la Biblioteca Era, en este texto se ofrece un modesto tributo a una de las colecciones que caracterizan a la editorial que en su nombre lleva tanto el vocablo más elegante para hablar de una época como un acrónimo que refiere a sus fundadores: Espresate, Rojo y Azorín. Sirva como reconocimiento a la serie que, con toda vitalidad, sigue difundiendo buena parte de los mejores frutos literarios de nuestro país**

Ediciones Era se fundó en México en 1960, con un enfoque editorial de enérgico carácter cultural, que proponía la inteligencia y la crítica como factores indispensables en cualquier sociedad. Así, se empeñó en alentar los libros valiosos sobre su competitividad en el mercado, para ofrecer una alternativa más diversa, más abundante y más libre al lector, y a los autores más oportunidades de publicación. Desde entonces ha editado a los más importantes y reconocidos escritores mexicanos, así como los primeros libros de autores valiosos, principalmente mexicanos e iberoamericanos; hoy cuenta con más de trescientos títulos editados y con numerosas reimpresiones.

Bajo el nombre Biblioteca Era reúne ensayo, narrativa, poesía y, bajo la rúbrica de “varia”, historia, ciencias sociales y artes visuales. Entre los autores publicados se pueden citar, entre muchos otros escritores, a Roger Bartra, Fernando Benítez, Luis Cardoza y Aragón, Christopher Domínguez Michael, Juan García Ponce, Jaime García Terrés, Hugo Hiriart, Carlos Monsiváis, Augusto Monterroso, Octavio Paz, Sergio Pitol, Elena Poniatowska, Guillermo Sheridan, Juan Villoro, Nellie Campobello, Rosario Castellanos, Carlos Fuentes, Eduardo Galeano, Gabriel García Márquez, José Lezama Lima, Juan Vicente Melo, José Emilio Pacheco y Juan Rulfo.

A manera de ejemplo, para este texto se rastrearán a partir de 1998 algunos de los títulos que ilustran la amplia variedad de libros que Biblioteca Era edita, tales como *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo*, de Malcolm Lowry, una fascinante continuación de *Bajo el volcán*. En 1999, aparece el ensayo *Sólo venimos a soñar*, de Jorge Bocanera, sobre la poesía de Luis Cardoza y Aragón, que cuenta con una espléndida biografía literaria del escritor guatemalteco. En la novela *Cartas cruzadas*, Darío Jaramillo Agudelo, uno de los más notables escritores colombianos de su generación, elabora una narración a base de intercambios epistolares y fragmentos de diarios, y así conforma el retrato de unos personajes que a principios de los años setenta rondan los veinte

años, y los acompaña a lo largo de una década. Eduardo Vázquez Martín —cofundador de las revistas *La Orquesta*, *Milenio* y *Viceversa*— ofrece en poesía una visión donde el amor, la memoria y la determinante histórica son las vías de acceso a una posible respuesta a la poesía actual en *Naturaleza y hechos*.

En el año 2000, el ensayo de historia política *Guerrero bronco* de Armando Bartra revela las señas de identidad del sistema mexicano, explorando su curso en una región privilegiada: la Costa Grande de Guerrero. La novela *El otro amor de su vida* de Héctor Manjarrez —ganador del Premio Xavier Villaurrutia en 1983 y del José Fuentes Mares en 1998— plantea una visión donde la vida gira como un carrusel incontrolable en el que se confunden el amor, la amistad, la familia, la endogamia, la hospitalidad, el deseo e incluso, la policía.

En 2001, el ensayo *La universidad necesaria en el siglo XXI* de Pablo González Casanova considera imprescindible ir más allá de la crítica a los proyectos neoliberales para examinar críticamente también a la “universidad de masas” y los planteamientos educativos de los regímenes estatistas, burocráticos o populistas, y exigir la creación de proyectos alternativos. Propone las bases para estructurar un proyecto de universidad que responda a las necesidades actuales del país.

El relato *Nadie los vio salir*, de Eduardo Antonio Parra —premiado en 2000 en el Concurso Internacional de Cuento Juan Rulfo en París—, ofrece una relampagueante mirada a un mundo ensimismado, uno de los círculos del infierno sobre la tierra, un congal de la frontera donde aparece una intrusión prodigiosa de la belleza en el horror.

La dimensión de la serenidad, que sobreviene a la asunción de la derrota exterior, en *Valer la pena*, poesía de Juan Gelman —ganador del Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo en 2000—, da un lugar ineludible al hombre que por medio de la palabra podrá, incuestionablemente, ser.

Durante el año 2002, la crónica de José Joaquín Blanco *Al-*



*bum de pesadillas mexicanas* añade al registro de los desastres urbanos y de las tragicomedias políticas una mirada irónica a algunos de los mitos y episodios fundacionales de la nación mexicana como los últimos lustros del PRI, los travestismos y la corrupción de la sociedad civil, las nuevas tribus de “apaches” del fin del mundo: niños de la calle, cuidacoches y suicidas del metro.

Con *El azul en la flama* la poesía de David Huerta revela un vaso atravesado por la luz donde el mundo se multiplica en paisajes milimétricos que el ojo puede llegar a amar, reflejando regiones mentales insistentes, espejos, la flora y la fauna de un orden material, frutos que maduran en el ramaje entramado de la inteligencia, civilizaciones como hojas sobre el río del tiempo.

La primera novela de Gabriela Vallejo Cervantes *La verdadera historia del laberinto* construye atmósferas misteriosas y propicias para el erotismo, siempre rozando el filo entre lo fantástico y lo verosímil.

En tanto que en el año 2003 Federico Campbell presenta *La ficción de la memoria* una antología que recoge investigaciones, ensayos, testimonios y entrevistas sobre la obra de Juan Rulfo, en un orden cronológico que permite ver la evolución crítica a lo largo de los años, desde los primeros trabajos de Carlos Blanco Aguinaga (1955) y Mariana Frenk (1961), hasta los de Juan Villoro (2000) y Jorge Aguilar Mora (2001), así como los testimonios de Gabriel García Márquez (1980), Jorge Luis Borges (1985), Juan José Arreola (1994) y Jorge Volpi (2000).

La novela *El camino de Santiago*, de Patricia Laurent Kullick —ganadora en 1999 del Premio Nuevo León de Literatura— se instala en el campo fantástico dentro del surrealismo; algunos de sus personajes, a la manera de Leonora Carrington o Remedios Varo, viajan en el interior de su cuerpo habitado, al menos, por un par de seres; funcionan como vasos comunicantes y permiten una relación crítica, desesperada, humorística con la realidad.

En el año 2004, *Ese espacio, ese jardín*, poesía de Coral Bracho —que en 1981 ganó el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes—, teje el hilo del tiempo y ahí mismo, en el momento de suceder, se consume. Se hace, se deshace y se rehace como un ciclo natural en el *tempo* de un respirar.

La novela *Aquí y ahora*, de Pablo Casacuberta, narra el pasaje de iniciación de la adolescencia a la edad adulta, en un esfuerzo por romper la duda totalizadora, que tiene atrapado al personaje principal, da el salto hacia el conocimiento del pasado y del origen, de la sexualidad, del amor y de la indulgencia y la comprensión por quienes le rodean y por él mismo.

A diez años del levantamiento zapatista, Jorge Volpi —ganador del Premio Biblioteca Breve— en *La guerra y las palabras* se presenta como testigo, narrador y observador, y ofrece una crónica de 1994, el año que modificó el rumbo del país, haciendo un recorrido donde desfilan los sucesos y los actores, las palabras y las ideas.

Entre los libros recién editados en 2005 destaca en poesía *Un navío un amor*, de José Luis Rivas —ganador del Premio Nacional de Poesía Aguascalientes en 1986 y del Xavier Villaurrutia en 1990—, donde expone que si todas las mujeres amadas y deseadas con intensidad pueden llamarse Helena, entonces el golfo de México bien puede ser el mar Egeo. Así toma

los principios clásicos de Homero, agrega otros y ofrece nuevos recursos estilísticos dentro de fuerzas sensuales que se atraen en el escenario lírico y prosaico, clásico y contemporáneo, de una sosegada aventura.

Este mismo año, Jorge Fernández Granados pone al alcance del lector en un solo volumen *La fábula del tiempo*, antología poética de José Emilio Pacheco, quien aparte de numerosos reconocimientos, ha obtenido en años recientes los premios de poesía Octavio Paz (México, 2003), Pablo Neruda (Santiago de Chile, 2004), Ramón López Velarde (Zacatecas, 2003), Alfonso Reyes (Monterrey, 2004) y José Asunción Silva (Bogotá, 1996). Se trata de una selección crítica de una obra extendida ya a lo largo de varias décadas, testimonio de su país y de su tiempo, pero también prueba de amor y fe en el poder de la palabra

En narrativa, *Aire libre*, de Hermann Bellinghausen, revela que la memoria puede convertir la propia historia —en este caso, la de los que nacieron en la misma latitud industrial de la ciudad de México durante la década de los cincuenta— en la de otros, en la de todos. Bellinghausen intenta no caer en los ardides de la reinención, que es una de las artimañas preferidas de la memoria. *Auliya* es la primera novela de Verónica Murguía —ganadora en 1990 del Premio Juan de la Cabada para escritores de literatura infantil y juvenil—, cuento filosófico y relato fantástico que combina, con una asombrosa naturalidad, la erudición arábiga y el temperamento narrativo para configurar un libro mágico y generoso.

Christopher Domínguez Michael, actualmente miembro del consejo editorial de *Letras Libres* y columnista en el periódico *Reforma*, dibuja en *Vida de fray Servando* el tránsito del siglo XVIII al XIX de la historia americana con las imágenes dinámicas de una biografía exhaustiva y fascinante, símbolo no sólo de un personaje entrañable y seductor, sino de la propia historia moderna de México.

*Vida y mundos de Miguel Covarrubias*, de Elena Poniatowska, reúne las entrevistas que hizo en 1957 a Harry Block, a los pintores Jorge Juan Crespo de la Serna, Adolfo Best Maugard y Diego Rivera, a la bailarina y diseñadora Rosa Rolando, al museógrafo Fernando Gamboa, a los antropólogos Daniel Rubín de la Borbolla y Alfonso Caso, al doctor Raoul Fournier, al dramaturgo Carlos Solórzano y al historiador del arte Justino Fernández, siguiendo el rastro que dejó en todos, en sus sentimientos y mente, la vida colmada, fogosa, compleja y entusiasta de Miguel Covarrubias, pintor, caricaturista genial, escenógrafo y estudioso de la antropología.

La poesía de Elsa Cross —ganadora del Premio Nacional de Poesía Aguascalientes en 1989 y del Premio Internacional Jaime Sabines en 1992—, en *El vino de las cosas*, se ilumina por el sol mediterráneo, muy cerca de la morada de los dioses, mostrando el equilibrio conquistado entre la maravilla divina y el poema que la describe, donde cada poema es un canto de celebración en honor a Dionisos, que se asoma en la exaltación y la embriaguez.

Así, con una rápida mirada, se ha procurado exponer una muestra de la basta y diferente temática y de los diversos escritores que reúne la Biblioteca Era, incorporados bajo un mismo sello por una característica común que los asemeja: la inteligencia y la crítica erudita. 

**Biblioteca Era reúne una basta y diferente temática, así como autores con una característica común que los asemeja: la inteligencia y la crítica erudita**

# El principio formal

ALBERTO BLANCO

Acaba de publicarse *La hora y la neblina*, suma poética del escritor, químico, conversador, artista plástico, traductor, rockanrolero, sinólogo, gastrónomo y otrora empresario tlapalero Alberto Blanco. De ahí hemos tomado estos versos para invitar a los lectores de *La Gaceta* primero al volumen recién dado a la luz y luego a las muchas facetas de este singular autor

a José Lezama Lima

I

Respira al fin amor,  
después de mil batallas,  
que el salto es siempre tal  
que la pasión no es lastre...  
y en vez de huir de aquí  
recuerda que una noche,  
sol cambiante en la luz,  
desnuda me miraste.

II

Mar de fondo en la alcoba,  
ciclón de continentes,  
en dos mitades rotas  
por una simple falla:  
en poniente al espejo  
de una oración perfecta...  
¿qué nos dice la luz  
cuando la luz se calla?

III

Nada de nada aquí  
comienza la partida,  
y al cabo de un instante  
tendremos mucho sueño...  
el triste tiempo pasa  
y la ocasión perdida  
no deja de buscar  
el reloj de su dueño.

IV

La memoria no pierde  
detalle ni un minuto  
de aquella forma alegre  
con su sombra de edades,  
que en cada amor fugaz  
recoge lo que escapa  
a la transformación  
de nuestras vanidades.

V

Las corrientes ocultas,  
festivas y fluviales,  
que son hijas del oro  
y nietas de la plata,  
y quieren recorrer  
otra vez esta costa  
para no sofocarse  
como a salto de mata.



## VI

Que en el muelle de siempre  
florece la espuma  
y el ancla girará  
primero veinte grados  
y luego veinticinco,  
después cuarenta y cinco,  
hasta llegar al fin  
a ciento ochenta grados.

## VII

La luz equidistante  
que en las cuatro estaciones  
y en cada noble esquina  
sabe que ha sido hallada  
la forma que pregona  
sus equivocaciones  
por no decir que vemos  
después de la alborada.

## VIII

Por aquella respuesta  
que también nos dibuja,  
y la pregunta abierta  
de silencio en la frente:  
la paloma del cielo  
que rompe su burbuja  
y en el pecho del mundo  
se posa complaciente.

## IX

Dos destinos en uno,  
que si bien no son nada,  
se vuelven campanario  
de solemne estatura  
a la entrada del templo  
que la aurora delata  
por un temblor de cinta  
medida en su cintura.

## X

Flor de consumación,  
cabellera soñada,  
descripción de la tierra  
que los pies no han hollado,  
no puedes pretender  
que la vida nos manda  
silenciar la campana  
por un astro quemado.

## XI

Inolvidables fiestas,  
mortales inmortales,  
que dan la luna gratis  
a cambio de la hora  
en la lenta distancia  
donde fingen los astros  
que una peineta azul  
se destiñe en la aurora.

## XII

Y el principio formal  
que beba la victoria,  
que beba a manos llenas  
al final de diciembre  
y al principio del mito  
y al final de la historia,  
la vocación de nunca,  
la vocación de siempre. 



# La eutanasia examinada

JOHN KEOWN

**Ofrecemos aquí un ejemplo de las discusiones contenidas en *La eutanasia examinada. Perspectivas éticas, clínicas y legales*, volumen preparado por el propio Keown, en el que se aborda sin aspavientos y con abundante información médica, ética y legal el áspero tema de la eutanasia, asunto que han abordado otras obras de nuestra Colección Ciencia, Tecnología y Sociedad**

La eutanasia —la muerte intencional de un paciente, por acción o por omisión, como parte de la atención médica— es sin duda uno de los temas más apremiantes y profundos que enfrenta el mundo moderno. Es apremiante porque parece que hay “un mar de cambios en la opinión pública”, ahora más sensible a la eutanasia y al suicidio asistido, y más crítica, pues formula preguntas de importancia fundamental no sólo para los profesionales de la atención a la salud y sus pacientes, sino también para los abogados y legisladores, filósofos y teólogos, y, de hecho, para todos los miembros de la sociedad.

Entre estas preguntas están las siguientes: ¿siempre es malo que un médico mate intencionalmente a un paciente, aunque sufra demasiado y pida la muerte? En beneficio del paciente y por respeto a su autonomía, ¿no debería atenderse su solicitud? ¿Disfrutan los pacientes de un “derecho a morir”? y, de ser así, ¿qué significa esto exactamente? ¿Sólo algunas vidas son “dignas” de ser salvadas?, y si es así, ¿cuáles y por qué? ¿Existe una diferencia moral entre intentar apresurar la muerte y dejar morir, o entre la eutanasia y el suicidio asistido? ¿Puede diferenciarse, en principio, la eutanasia voluntaria de la no solicitada? ¿Puede la eutanasia voluntaria regularse con seguridad o es inevitable la “pendiente resbalosa” hacia la eutanasia sin consentimiento? ¿Es la vida un beneficio para quienes se encuentran en “estado vegetativo persistente” o debe suspenderse su tratamiento y alimentación? Los documentos firmados ante testigos

en los que se especifica el tratamiento deseado en caso de que el paciente pierda sus facultades, ¿son deseables como mecanismos para facilitar las decisiones sobre el tratamiento, o bien constituyen una “puerta trasera” hacia la eutanasia?

El debate acerca de la eutanasia y el suicidio asistido tiene carácter internacional e interdisciplinario, e incluye a expertos y legos de todo el mundo. En 1991 y 1992, en Washington y en California, las propuestas de legalizar la eutanasia estuvieron a punto de obtener el apoyo de la mayoría de los que participaron en los *referenda*. En 1994, en Oregon, un *referendum* en favor de la legalización del suicidio médicamente asistido se aprobó por estrecho margen, si bien su puesta en marcha se vio frenada por un tribunal federal, sin determinar su constitucionalidad. La aprobación de esta propuesta favorecería la promoción de propuestas similares que aprueben el suicidio médicamente asistido, más que la eutanasia, no sólo en otros estados de Estados Unidos, sino también en otros países. Por el contrario, en Michigan, las actividades del doctor Kevorkian con su “máquina de suicidios” precipitaron la aprobación de una legislación que prohíbe el suicidio con asistencia médica. No obstante, la constitucionalidad de esta ley ya se refutó en las cortes de ese estado. Podría no pasar mucho tiempo antes de que las objeciones a las leyes que prohíben o permiten tal clase de suicidio y la eutanasia al fin reciban atención del Tribunal Supremo de Estados Unidos. En Canadá, Sue Rodríguez, quien padecía una enfermedad paralizante incurable, casi logró persuadir al Tribunal Supremo de que declarara anticonstitucional una ley contra el suicidio asistido. En Inglaterra, el encarcelamiento del doctor Nigel Cox —respetable médico especialista acusado de haber intentado dar muerte a un paciente que sufría de terribles dolores— y la decisión de los miembros de la Cámara de los Lores en el caso de Tony Bland —en el sentido de que sería legal dejar de alimentar con sonda a un paciente en “estado vegetativo persistente”, incluso con

la intención de matarlo— provocaron que se estableciera un comité especial de la Cámara de los Lores para analizar las implicaciones éticas, legales y clínicas de acciones como éstas para abreviar la vida. En Holanda, donde la eutanasia es oficialmente permitida y se practica ampliamente al menos desde hace una década, una encuesta general que realizó una comisión investigadora designada por el gobierno aportó datos muy valiosos acerca de la práctica de la eutanasia por los médicos holandeses, pero también causó enconadas polémicas acerca de la adecuada interpretación de los datos: ¿muestran éstos que la eutanasia puede controlarse, o que los holandeses se están precipitando por una “pendiente resbalosa” que conduce a la eutanasia sin consentimiento?

Cuando la primera edición inglesa de *La eutanasia examinada* se imprimía, ocurrió un importante acontecimiento en Australia que intensificó el debate. En mayo de 1995, la Asamblea del Territorio Septentrional aprobó por 13 votos en favor y 12 en contra la Ley de Derechos de los Enfermos Terminales, y así el Territorio Septentrional fue el primer lugar del mundo donde se legalizaron el suicidio médicamente asistido y la eutanasia. Con la entrada en vigor de esta legislación, un paciente con una “enfermedad terminal” (definido en sentido amplio para incluir cualquier enfermedad que desemboque en la muerte cuando el paciente rechace el tratamiento) que esté experimentando fuertes dolores, sufrimientos y tensiones que considere “inaceptables”, podrá pedir a su médico “asistencia para terminar con su vida”. Esta ley también permitirá al médico proporcionar tal asistencia, ya sea prescribiendo, preparando o administrando una sustancia letal siempre que cumpla ciertas condiciones específicas, como el examen del paciente por un segundo médico especializado en psicología; la firma del paciente, no menos de siete días después de manifestar su decisión de poner fin a su vida, de un certificado en el que solicite ayuda para ello, así como que hayan transcurrido 48 ho-



ras desde la firma del paciente. El alcance y la operatividad de esta legislación claramente requerirá un estudio hecho por expertos, lo que también sucederá con las legislaciones similares que se aplicarán en Australia y en otros países.

El debate no es, sin embargo, sólo para profesionales, académicos y expertos en las disciplinas relacionadas con el tema. Todo el mundo —médicos, pacientes, abogados o legisladores, estudiosos de la ética, ancianos, etcétera— tiene derecho a opinar, puesto que nuestras respuestas colectivas a las preguntas formuladas al principio ineluctablemente tendrán un profundo efecto sobre la naturaleza misma de nuestra sociedad. Pero nuestras aportaciones deben tener las cualidades de contar con buena información; ser racionales y no emocionales; fundarse en argumentos y no en anécdotas. Con esa finalidad, es importante desechar los prejuicios, examinar las pruebas objetivamente y evaluar con frialdad los argumentos opuestos.

Es muy lamentable que a menudo el debate no se caracterice por razonamientos fríos e imparciales, sino por una atmósfera contaminada, influida con frecuencia por los medios de comunicación sensacionalistas que, a partir de un exclusivo y muchas veces manipulado “enfoque en el interés humano”, generan polémica y desacuerdos en vez de procurar reflexión y consenso.

Muy distinto es el propósito de este volumen, el cual pretende reunir las aportaciones de algunos de los más importantes expertos del mundo en ética, medicina y derecho, e informar a todas

las personas interesadas en el debate. Está pensado para el lector que busca el debate racional más que la polémica visceral, y va dirigido tanto a los expertos como a los legos. Es una obra fácilmente inteligible para el lector general: no se requiere ser experto en ética, derecho o medicina para comprenderlo.

La génesis de la idea de este libro fue una conferencia nacional sobre eutanasia celebrada en la Universidad de Leicester en octubre de 1991. Cinco de los capítulos son versiones actualizadas de ensayos leídos en la conferencia. Los documentos restantes se elaboraron *ex profeso* para este libro.

Los capítulos abordan temas relacionados con ética, derecho, medicina y teología. Los seis primeros incluyen un

**La eutanasia y el suicidio asistido formulan preguntas de importancia fundamental no sólo para los profesionales de la salud y sus pacientes, sino también para los abogados y legisladores, filósofos y teólogos, y, de hecho, para todos los miembros de la sociedad**

vigoroso debate sobre la ética de la eutanasia (a los participantes se les fijó un número límite de palabras) entre dos importantes filósofos: John Harris, profesor de filosofía aplicada de la Universidad de Manchester, y John Finnis, profesor de derecho y filosofía del derecho de la Universidad de Oxford. El primero argumentó sobre un fundamento ético en favor de la legalización de la eutanasia; el segundo, en contra. A cada uno

se le envió el capítulo del otro, para que escribiera una réplica. Por último, cada autor escribió un comentario final sobre las conclusiones de su oponente. Ésta acaso sea la primera vez que dos filósofos eminentes hayan participado en un debate sobre este tema siguiendo un formato que ayudará a los lectores a seguir las principales líneas de argumentación y a captar los principales puntos de acuerdo y de desacuerdo.

Para que no se crea que el debate Harris-Finnis agota la controversia sobre la eutanasia, en los cuatro capítulos siguientes se presenta al lector otra serie de puntos de vista opuestos. [...]

Este volumen no puede cubrir todos los temas relacionados con la eutanasia y el suicidio asistido, ni intenta hacerlo. Su objetivo es, antes bien, reunir las exposiciones de destacados expertos en las disciplinas más estrechamente relacionadas con el asunto y presentar sus perspectivas de manera clara y amena, con el fin de informar al lector (profesional o lego) que desee comprender mejor las preguntas cardinales y las distintas maneras de responder a ellas.

El objetivo del libro no es equilibrar matemáticamente las exposiciones de los colaboradores que hablan en favor o en contra, aunque sí alcanza un balance razonable; más bien se propone reunir algunos de los argumentos centrales y los datos más relevantes en un solo volumen para presentarlos de manera imparcial en beneficio del lector común.

Las colaboraciones para este volumen, escritas con claridad por eminencias en sus respectivas áreas, ayudarán al

lector a penetrar a través de la bruma de confusión que con frecuencia rodea el debate sobre la eutanasia, y que en buena medida ha sido generada por cierta bibliografía sobre el tema, la cual a menudo presenta los argumentos de manera simplista, desconoce o caricaturiza los argumentos contrarios y evita la discusión seria de los problemas. La eutanasia es un tema delicado y de enorme actualidad, por lo que exige un enfoque y un conocimiento bien informado por parte del público, y esto es lo que intenta proporcionar este libro.

Desde su primera edición, en 1995, el

debate sobre la eutanasia se ha intensificado. En 1996, dos tribunales federales de apelación de Estados Unidos apoyaron el derecho constitucional al suicidio médicamente asistido, decisiones cuya crítica elabora el profesor Kamisar en un epílogo actualizado de su capítulo. En 1997, el Tribunal Supremo de los Estados Unidos citando dicho capítulo y el del compilador de esta obra revocó ambas decisiones. Además, el Parlamento Federal Australiano, después de considerar muchos testimonios (incluso el de este compilador acerca de la experiencia holandesa) anuló la legislación sobre la

eutanasia en el Territorio Septentrional. En cambio, en el otro sentido, los ciudadanos de Oregon decidieron conservar su ley que permite el suicidio con ayuda médica, y se informa que el Tribunal Constitucional de Colombia ha declarado legal la eutanasia en ciertas circunstancias. Es obvio que el debate universal por la eutanasia está lejos de haber terminado, y los ensayos que conforman este libro resultan no menos oportunos y pertinentes que cuando se publicaron por vez primera. 

*Traducción de Esteban Torres Alexander.*

# Práctica y ética de la eutanasia

ASUNCIÓN ÁLVAREZ DEL RÍO

**Nada como resumir en unas pocas y complejas preguntas la médula ética de un problema como la eutanasia y el suicidio asistido. Eso se hace en este fragmento de *Práctica y ética de la eutanasia*, obra en que desde una perspectiva psicológica, pulcramente desprejuiciada, se avanza en la hoy imposterizable discusión en torno a uno de los temas tabú de la práctica médica contemporánea**

## Los elementos del debate

Afirmar que en México es necesario el debate de la eutanasia no sólo responde al hecho de reconocer los problemas y la experiencia de otros países, sino de asumir que los pacientes y sus familiares, aquí en México, piden con frecuencia a sus médicos que los ayuden a morir, tanto en las instituciones oficiales como en las privadas. Los médicos se ven obligados a responder de alguna manera a tales solicitudes. Algunos dan la ayuda que les piden y aplican la eutanasia, a pesar de que saben que actúan fuera de la ley y de que asumen enormes riesgos por ello. Muchos otros no responden a lo que piden sus enfermos, quienes entonces se ven privados de la única ayuda que quieren recibir. Todas estas situaciones se vuelven muy complejas porque se dan en un contexto de clandestinidad e insegu-

ridad sobre el cual no hay posibilidad de tener ni conocimiento ni un control adecuado.<sup>1</sup>

Desde nuestra perspectiva, el debate sobre la eutanasia supone de entrada resolver cuatro preguntas vinculadas entre sí, formuladas de tal modo que la respuesta afirmativa de cada una dé lugar a la siguiente:

<sup>1</sup> Al comentar los resultados de la encuesta que el Centro de Investigaciones Sociológicas realizó en España sobre la eutanasia (en la que se encontró que una mayoría de médicos —seis de cada diez— es partidario de legalizarla), la Asociación por el Derecho a Morir Dignamente comenta que una de las ventajas de su legalización es evitar las eutanasias clandestinas. Y un médico especialista en el tratamiento del dolor dice: “Todos sabemos qué pasa. Normalmente se hace bien, en casos muy claros, pero sería preferible que estuviera regulada, por nosotros y por los pacientes.” Véase *El País*, 14 de octubre de 2003. Por su parte, Alejandro Herrera reflexiona sobre el tema de la eutanasia y sostiene que debe respetarse el principio de autonomía del paciente cuando éste solicita ayuda a su médico para terminar una vida de extremo sufrimiento irremediable. Esta práctica es muy diferente a la que se sabe se da continuamente en nuestros hospitales al terminar con la vida de ancianos desamparados. “Es tiempo ya de cambiar esta tradición hipócrita por una bien entendida tradición hipocrática.” Véase A. Herrera, “El médico ante la solicitud de eutanasia”.

1] ¿Un paciente tiene derecho a decidir la terminación de su vida?

2] ¿Tiene derecho a pedir a un médico esa ayuda?

3] ¿El médico tiene algún deber de responder a esa petición?

4] ¿El estado debe respaldar los derechos del paciente y el deber del médico?

En los Países Bajos se han respondido de manera afirmativa las preguntas anteriores. Es el resultado de un debate que se ha mantenido en ese país desde hace treinta años; en él ha participado toda la sociedad, y las principales asociaciones representantes de la institución médica han desempeñado un papel muy activo, al igual que las máximas autoridades responsables de la impartición de justicia. De esa manera, el gobierno ha podido encontrar soluciones a los problemas que enfrentan sus habitantes al final de la vida y tiene control legal sobre ellas. Aun así, sigue promoviendo la investigación y el debate para perfeccionar la legislación y el control sobre las decisiones médicas relacionadas con la muerte asistida, sobre todo para aquellas situaciones que no se ajustan a los criterios que considera la definición de eutanasia.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Aunque la definición de eutanasia específica que debe existir un pedido claro y voluntario del paciente, hay situaciones en las que no existe la solicitud expresa del paciente (cuando se trata de un neonato, de un indivi-

En los Países Bajos ha quedado claro que, dentro del contexto de la práctica médica, la muerte asistida sólo es legal cuando un paciente solicita a un médico que le ayude a terminar con su vida para poner fin a un sufrimiento intolerable y ese médico considera válida la petición. Esto significa que es ilegal ayudar a morir a alguien que no tiene una enfermedad o una condición médica que justifique recibir esa ayuda,<sup>3</sup> como también es ilegal que esta ayuda sea proporcionada por una tercera persona que no sea médico. En cualquiera de estas situaciones, acelerar la muerte se considera un homicidio.

En el estado de Oregon, en Estados Unidos, también se considera que la muerte asistida debe ser una opción exclusiva de la atención médica, con la restricción adicional de que el médico debe limitarse a proporcionar los medicamentos necesarios para el suicidio y abstenerse de intervenir directamente para que éste se produzca.

Es muy diferente la situación legal en Suiza, en donde no se requiere una condición de enfermedad para justificar la decisión de una persona para terminar con su vida y colaborar con ella para que lo consiga. En este país, la ayuda para morir se considera legítima y se permite siempre y cuando se ofrezca por motivos altruistas. La persona que colabora con quien se suicida no tiene que ser un médico, puesto que los motivos para quitarse la vida no provienen necesariamente de enfermedades o condiciones médicas.

### El derecho a la muerte voluntaria

Las diferencias entre los países que legislan sobre la muerte asistida indican que no hay una concepción uniforme de esta práctica y que varían las condiciones en que se justifica y se permite. Esto sig-

duo en estado vegetativo persistente o de un enfermo terminal que no puede comunicarse) y puede estar igualmente justificada la intervención médica para terminar con su vida.

<sup>3</sup>El caso Chabot es muy controvertido, pues se trata de una situación límite: el sufrimiento de la mujer que pidió ayuda para morir no estaba causado por una enfermedad. Su médico, quien había establecido una relación profesional con ella, primero trató de aliviar el dolor emocional de quien consideraba su paciente, pero cuando se dio cuenta de que no podía ayudarla a disminuir su sufrimiento, aceptó ayudarla a morir.

nifica que existen posiciones muy diversas sobre el derecho a la muerte voluntaria. Por lo mismo, nos damos cuenta de que las preguntas que hemos propuesto como punto de partida para el análisis y la reflexión de la muerte asistida implican otras más. Dicho de otra manera, cada una de las preguntas se puede ampliar para considerar la muerte asistida

### Preguntarse si un paciente tiene derecho a decidir la terminación de su vida da pie a una pregunta más general: ¿se reconoce ese derecho para cualquier persona?, lo que constituye el punto central del tema del suicidio

más allá del contexto médico. Así, por ejemplo, preguntarse si un paciente tiene derecho a decidir la terminación de su vida da pie a una pregunta más general: ¿se reconoce ese derecho para cualquier persona?, lo que constituye el punto central del tema del suicidio.

Parecería lógico suponer que si se reconoce el derecho de un enfermo a decidir la terminación de su vida, previamente tendría que reconocerse ese derecho a toda persona. No es así. Hay personas que aceptan el derecho de un enfermo muy grave a decidir la termina-

ción de su vida, pero que no reconocen ese derecho para cualquier persona. Hay otras personas que reconocen el derecho de todo individuo a decidir la terminación de su vida y consideran que el sufrimiento que produce una enfermedad sólo es una de tantas motivaciones para tomar esa decisión.

Por tanto, al cuestionar si una persona tiene derecho a decidir su muerte, las respuestas se dividen: hay quienes niegan ese derecho a cualquier persona (independientemente de su condición y motivación), hay otros que reconocen ese derecho para cualquier persona (mientras la persona esté mentalmente capacitada para tomar decisiones)<sup>4</sup> y hay

<sup>4</sup>El tema del suicidio está frecuentemente asociado al de la enfermedad mental. Para muchas personas, el suicidio siempre es un síntoma de enfermedad mental y por ello mismo debe prevenirse (es la posición de la psiquiatría), mientras que, para otros, el suicidio puede justificarse siempre y cuando no sea un síntoma de una condición mental tratable que disminuya la libertad de la persona. Esta posición da por supuesto que hay suicidios que no implican una enfermedad mental y que son acciones extremas mediante las cuales las personas expresan su última posibilidad de libertad.



otros más que reconocen ese derecho sólo cuando el motivo para terminar con la vida se debe a una enfermedad física terminal o a una condición médica que limita por completo la vida. Es interesante señalar que algunas de las personas que se encuentran en esta tercera posición, al pedir ayuda para morir les importa establecer una clara distinción entre la eutanasia que sí aceptan (recibir ayuda de un médico para terminar con su vida) y el suicidio que desaprueban (terminar ellos mismos con su vida).<sup>5</sup>

<sup>5</sup>Fue el caso de una mujer británica tetrapléjica que obtuvo el permiso judicial para que se le desconectara el respirador artificial que la mantenía con vida. La paciente comentó que ella no hubiera apagado por sí misma la máquina (en el supuesto de que hubiera habido un mecanismo para que ella pudiera hacerlo) porque era creyente y no quería suicidarse y dejar esa marca entre sus familiares y amigos. Es también la idea que defiende el teólogo católico Hans Küng, quien considera legítima la eutanasia para el caso del enfermo muy grave, pero moralmente reprochable para una persona que busque terminar con su vida por otro tipo de problemas. El Vaticano condena igualmente

Ahora bien, así como la primera pregunta dio lugar a otra, también puede hacerlo la segunda. La pregunta “¿Tiene un paciente derecho a pedir a un médico ayuda para morir?” puede ampliarse a “¿Tiene una persona derecho a pedir a otra que la ayude a morir?” Como puede verse, las posibles combinaciones de respuesta se multiplican en la medida en que se abren las opciones más allá del contexto médico. Existen dos corrientes principales entre quienes reconocen el derecho de las personas a decidir cómo y cuándo morir (tenemos presente el hecho de que unos sólo lo reconocen en quienes padecen una enfermedad física grave): quienes piensan que las personas tienen derecho a pedir ayuda para morir y quienes piensan que no lo tienen, que deben procurarse la muerte por sí mismas. Se podría incluir una tercera opción, la de quienes reconocen este derecho exclusivamente para el caso de personas que se encuentran físicamente imposibilitadas de terminar con su vida,

la eutanasia y el suicidio, por ser ambos actos que atentan contra la vida humana, cuyo fin sólo Dios puede decidir.

aun cuando quisieran hacerlo. Sin embargo, a la hora de considerar a quién corresponde pedir esa ayuda, surge una diversidad de opiniones: ¿a un médico o a cualquier persona? Ya vimos que la solución en los Países Bajos y en Suiza supone concepciones muy diferentes; en el primer país sólo se permite que sea un médico quien ayude al paciente, mientras que en el segundo se permite ayudar a morir a cualquier persona que lo pida y lo puede hacer cualquier persona. Por supuesto, en ambos países deben reunirse ciertas condiciones.

Si seguimos revisando las preguntas restantes que propusimos tendríamos que ampliarlas en el mismo sentido. La tercera pregunta: “¿Tiene un médico algún deber de responder cuando un paciente le pide ayuda para morir?”, se puede convertir en “¿Tiene una persona algún deber de responder cuando otra persona le pide ayuda para morir?”<sup>6</sup> Por

<sup>6</sup>Al hablar de “deber” nos referimos al hecho de si la persona que pide ayuda para morir merece recibirla por efecto de algún tipo de solidaridad hacia ella, pero no pensamos que exista ninguna obligatoriedad. To-

## El debate impostergable

ASUNCIÓN ÁLVAREZ DEL RÍO

Ya es tiempo de que en nuestro país iniciemos un debate que reconozca las necesidades y voluntades de las personas que padecen enfermedades o condiciones médicas, ante las cuales la muerte es la única opción digna que encuentran.<sup>1</sup> Quienes saben que su sufrimiento no tiene solución y aceptan la muerte como el acontecimiento inevitable que tarde o temprano ha de llegar, deben poder ejercer su libertad y decidir cómo y hasta cuándo quieren vivir. Y quienes llegan a preferir adelantar su muerte para poner límite a una situación que consideran intolerable deben tener derecho a asegurarse un final tranquilo, acompañados de quienes deseen y en un ambiente en el que no haya que añadir preocupaciones y aflicciones adicionales al dolor que entraña la muerte misma.

Un debate racional y abierto sobre la muerte asistida en nuestro país requiere que, en lo posible, se conozcan las si-

<sup>1</sup>Con esto no queremos decir que no se hayan dado algunos primeros pasos, como publicaciones, investigaciones y actividades académicas, todas ellas importantes porque contribuyen al conocimiento y al debate del tema. En este sentido, habría que hablar de continuar, más que de iniciar, pero nos parece adecuado mantener el término para subrayar que apenas estamos en el comienzo de lo que debe ser un profundo y extenso debate.

tuaciones particulares de los enfermos que consideran la opción de terminar con su vida. Antes de pensar en legalizar la eutanasia hay que asegurar que se den las condiciones para que la ayuda para morir que presta un médico a un enfermo realmente signifique el reconocimiento de su derecho a una muerte digna elegida libremente. Esto supone revisar y mejorar muchas cosas, empezando por el hecho de que los enfermos que padecen una enfermedad que pone en peligro su vida muchas veces ni siquiera lo saben. ¿Cómo podrían plantearse la opción de la eutanasia si no saben lo que les espera cuando evolucione su enfermedad? ¿Cómo podemos considerar la voluntad de un paciente hasta el grado de decidir poner fin a su vida, cuando no se ha reconocido esa voluntad ni para decidir sobre los tratamientos que está dispuesto a seguir?

Tomar en serio el debate sobre la muerte asistida obliga a revisar otros aspectos de la atención médica desde una perspectiva ética, en particular el reconocimiento de la autonomía del paciente, su derecho a la información y a tomar decisiones sobre su vida. Esto significa cambiar un modelo de atención paternalista, que todavía prevalece en nuestro país, por uno en el que el médico sea responsable *con* el paciente y no *en lugar* del paciente. Es un hecho reconocido por los médicos que en México la eutanasia pasiva es una práctica mucho más extendida que la activa. En muchos hospitales se aplica con el consenso de familiares y médicos para terminar con la vida de pacientes que no tienen posibilidad de mejorar. Se aplica en pacientes generalmente inconscientes y se espera que la muerte sobrevenga en poco tiempo (unas horas o unos días), para lo cual se

el momento dejamos de lado cuáles pudieran ser esas condiciones en las que se encuentra una persona que pide ayuda para morir cuando no está gravemente enferma, las cuales seguramente le importará valorar a quien recibe un pedido como éste.

Entre quienes reconocen que cualquier persona tiene el derecho a decidir la terminación de su vida, hay unos que piensan que en ningún caso se podría considerar un deber ayudar a morir a quien lo pide. Otros creen que sólo puede tomarse como un deber en el caso de pacientes con enfermedad terminal o en condiciones médicas muy graves. Por último, otros consideran que, según el caso, el deber de ayudar a morir puede darse a cualquier persona que lo pida. Las opiniones también se dividen entre

das las legislaciones que permiten la muerte médicamente asistida aclaran que ningún médico está obligado a aplicar la eutanasia o ayudar a un paciente a suicidarse si esto va en contra de sus valores. Cabe aclarar que también los enfermeros pueden negarse a hacer los preparativos para que pueda practicarse la eutanasia.

quienes consideran que el deber de ayudar a morir sólo puede existir hacia un enfermo grave, pues unos sostienen que debe ser un médico quien brinde la ayuda, y otros admiten que puede darla una persona diferente. La idea de que el médico es el más indicado para ayudar a morir tiene que ver con el hecho de que su intervención se concibe como parte de la atención médica que da al paciente y, dentro de ésta, ayudar a morir puede ser la única forma que queda de proporcionarle alivio. Pero también tiene que ver con el hecho de que los médicos, además de estar capacitados para utilizar los fármacos en la dosis y en la manera más conveniente, son quienes tienen acceso legal a ellos.

Sin embargo, nuevamente nos damos cuenta de que las opiniones se dividen y que muchas personas, principalmente médicos, se apegan a la idea de que sus colegas nunca deberían ayudar a morir a un paciente porque esto va en contra de su profesión, que es preservar la vida. Otros aceptan que los médicos ayuden a sus pacientes, pero consideran que el auxilio debe limitarse a proporcionar los medicamentos, y que debe ser la perso-

na que quiere morir quien realice la acción última que le causará la muerte. Y una posición más es la que defiende T. Szasz, quien considera un gran error que la ayuda para morir se haya convertido en un asunto que deciden los médicos, y que sean ellos quienes determinen en qué sujetos se puede hacer la excepción para justificar y apoyar una decisión de muerte voluntaria, que normalmente considerarían una expresión de enfermedad mental.<sup>7</sup>

<sup>7</sup>T. Szasz, *Libertad fatal*, Barcelona, Paidós, 2002, en especial el capítulo v, "La prescripción del suicidio. La muerte como tratamiento", y el vi, "La perversión del suicidio. El asesinato como terapia", pp. 128-207. Las reflexiones y críticas de este autor a la medicalización del suicidio nos parecen muy lúcidas en su cuestionamiento al poder de los médicos para decidir cuándo deben prevenir el suicidio y cuándo apoyarlo, lo cual puede significar en muchos casos expropiar al sujeto la responsabilidad sobre su muerte voluntaria. Sin embargo, nos da la impresión de que Szasz ignora las condiciones en que muchas personas deciden su muerte voluntaria, como es el caso de los enfermos terminales con sufrimientos intolerables. En estos casos

les retira el apoyo que sostiene su vida.<sup>2</sup> Esta práctica no plantea los problemas morales de la eutanasia activa y, sin embargo, debería preocuparnos el hecho de que los pacientes no hayan tenido oportunidad de expresar su voluntad cuando todavía estaban conscientes. Posiblemente en muchos de esos casos se dejó que los pacientes llegaran a esa condición, que podía haberse anticipado, sin que se favoreciera a tiempo una comunicación que les permitiera decidir, por sí mismos, sobre el final de su vida cuando todavía estaban física y mentalmente capacitados para hacerlo.

Una reflexión más sobre lo que debe evitarse de manera incontestable: que la eutanasia sea una práctica que sirva para encubrir acciones dirigidas a resolver problemas administrativos. En los Países Bajos, en donde el estado cubre los servicios de salud, no existe tal temor. No puede ignorarse que en muchos países, entre ellos el nuestro, en donde no hay esta cobertura, los motivos económicos pueden intervenir en las decisiones de los enfermos que no quieren causar la ruina económica de sus familiares. Si la eutanasia se solicitara por esta causa, en cierto modo podría decirse que se limitó la libertad del paciente para decidir su muerte. Pero sería más grave si fueran los médicos o los familiares los que influyeran (por falta de recursos) en los pacientes para que éstos pidieran la eutanasia. Y, un caso todavía peor, que consideraciones de costo-efectividad se impusieran en el juicio de los médicos para encontrar pacientes "prescindibles" a quienes podrían provocar la muerte.

<sup>2</sup>A. Kraus, "La ética de los moribundos", *Nexos*, núm. 307: 34-38.

Como señala Seay, si se demostrara, con razones convincentes, que el hecho de que los médicos participen en la muerte asistida hace que abusen de la práctica y la apliquen en contra de la voluntad de los pacientes, habría que impedir su legalización. Pero mientras esto no se demuestre, debe responderse a quienes por ese temor se oponen a legalizar la eutanasia, que siempre es posible establecer límites y criterios para decir cuándo debe permitirse acelerar la muerte de un paciente y cuándo no.

La única manera de establecer límites claros a una práctica, de acuerdo con los principios éticos, es conociendo las situaciones concretas en que se aplica. Para el caso de México, representa un gran reto lograr un debate basado en la problemática concreta de nuestro país, pues implica superar lo que, de otra manera, perduraría como un círculo vicioso. Aunque sea comprensible la resistencia, sobre todo por parte de los médicos, a hablar abiertamente de una práctica ilegal, por los riesgos que implica, deben encontrarse los mecanismos para superar este obstáculo. De no hacerlo, la práctica se mantendrá en la clandestinidad, reforzando así una política que consiste en hacer como si la eutanasia no existiera, y de esa manera no podría regularse ni controlarse. Tampoco podrían evitarse los abusos en su nombre ni se garantizaría como opción para quien la eligiera, aun después de haber analizado con profundidad su situación.

El hecho de que el problema de la eutanasia en México implique grandes dificultades nunca será una razón suficiente para no hacerle frente. ■



De las cuatro preguntas originales para guiar el debate sobre la eutanasia nos falta ampliar la última: “¿El estado debe respaldar los derechos del paciente (para decidir cuándo terminar con su vida y pedir ayuda a su médico) y el deber del médico para responder a ese pedido?” Quedaría entonces: “¿El estado debe respaldar los derechos del individuo para morir y para pedir ayuda a otra persona, y cuál es el deber de ésta para responder a esa petición?” A pesar del antecedente de Suiza, nos parece que la respuesta intuitiva es no, el estado no tiene por qué respaldar la decisión de cualquier persona que quiere morir e involucrar a otra para que la ayude, ni tiene por qué respaldar a esa otra persona para que dé esa ayuda.

Pensamos que las preguntas que inicialmente hacemos en relación con un paciente y un médico, y que podemos responder afirmativamente, se demuestran un tanto insostenibles si las ampliamos al caso hipotético de cualquier persona. Aunque quizá tampoco haya que precipitar la respuesta, y así como creemos que el estado no debe respaldar tales derechos ni tal supuesto deber, también nos preguntamos si le corresponde

nos parece adecuado que cuenten con el apoyo y la ayuda de su médico para alcanzar su propósito y no pensamos que tal hecho disminuya su autonomía.

impedirlos cuando provienen de ciudadanos que eligen libremente, sin dañar a otros.<sup>8</sup>

Uno de los problemas que plantea la muerte voluntaria es que generalmente

**Es un gran error que la ayuda para morir se haya convertido en un asunto que deciden los médicos y que sean ellos quienes determinen en qué casos se puede hacer la excepción para justificar y apoyar una decisión de muerte voluntaria**

<sup>8</sup>Es el argumento de Mill para señalar los límites del estado liberal, el cual no tiene por qué intervenir en las acciones de los ciudadanos que no dañan a otros. Véase J. S. Mill, *On Liberty*, editado por R. B. McCallum, Oxford, Blackwell, 1946, citado por M. Charlesworth, *La bioética en una sociedad liberal*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 18-19. Representa una objeción al argumento de Mill el hecho de que al estado le importa preservar la vida humana de sus ciudadanos, aun cuando existan elementos que indiquen que esto va en contra de los intereses personales de un ciudadano en particular: los padres de Nancy Cruzan tuvieron que esperar siete años antes de obtener el permiso judicial para que se interrumpiera el soporte de vida artificial que mantenía con vida a su hija en estado vegetativo persistente; los jueces debían haber tenido más presente a Mill.

alguien resulta afectado por ella, además de quien termina con su vida.<sup>9</sup> Desde luego, la forma y el grado en que otros se ven afectados varía enormemente de acuerdo con las circunstancias en que se decide y se realiza una muerte voluntaria. Es mucho más doloroso descubrir que una persona cercana y amada se ha suicidado, sin que nosotros tuviéramos alguna advertencia de sus planes, que presenciar el momento de la muerte de una persona querida que decidió poner fin a su vida mediante la eutanasia, para terminar con el sufrimiento de una enfermedad. En el primer caso existen otros elementos que agravan el dolor: imaginar la soledad que rodeó la decisión y la muerte de quien se suicidó, el hecho posible de que la muerte fuera violenta, así como la confrontación que supone no comprender la razón por la cual la persona decidió la separación definitiva de todo lo que formaba parte de su vida, y la posible culpa de pensar que pudo haber necesitado una ayuda que no se le pudo dar.<sup>10</sup> En el segundo caso, el hecho de que no existan estos elementos no elimina el dolor que siempre produce la muerte, pero sí evita la angustia, la culpa y otras aflicciones adicionales. 

<sup>9</sup>Reconocer que la muerte voluntaria de una persona generalmente afecta a otros es un aspecto importante a considerar, pero no puede ignorarse que a lo largo de la vida las personas deben tomar muchas decisiones que afectan de diferente manera a otros y que pueden ser éticamente adecuadas: terminar una relación sentimental, cambiar de trabajo, de residencia, etcétera. En ocasiones, el hecho de reconocer que otros se verán afectados por esas decisiones puede ser una razón para no tomar la decisión, pero en otras no tiene por qué serlo.

<sup>10</sup>Según Pepe Rodríguez, en nuestra cultura, horrorizada por la muerte, resulta incomprendible que alguien se quite la vida con plena libertad y responsabilidad, no importa lo que esté sufriendo en su fuero interno. Como nadie quiere entender el suicidio de una persona cercana como un acto deliberado de autodestrucción, busca un chivo expiatorio para convertir al suicida en víctima de algo o alguien. Considera este autor que quien se suicida es el responsable de su muerte y esto es importante comprenderlo porque el suicida, con su acto, muchas veces deja a quienes le sobreviven un mensaje de culpa o condena difícil de asimilar, sin la menor oportunidad de defenderse o aclarar las conductas. Véase P. Rodríguez, *Morir es nada*, Barcelona, Ediciones B, 2002, pp. 268-273.

# Problema infernal

SAMANTHA POWER

**Recién salido de nuestras prensas, *Problema infernal. Estados Unidos en la era del genocidio es un detallado y espeluznante análisis de la tímida política exterior de ese país respecto de las matanzas masivas. Escrito con la vehemencia del periodista de talento pero con la documentación del académico, el libro del que tomamos este fragmento y que forma parte de nuestra Sección de Obras de Política y Derecho mereció en 2003 el premio Pulitzer a obras no literarias***

Un domingo de junio de 1995 conocí por casualidad a Sidbela Zimic, una niña de nueve años de edad residente de Sarajevo. Varias horas después de oír el familiar silbido, seguido del estallido de un proyectil, caminé unas cuerdas hacia lo que había sido uno de los otrora formidables edificios de departamentos del barrio. Su estropeada fachada ostentaba las huellas de los típicos hoyos de tres años de lluvia de metralla y balazos. El edificio carecía de ventanas, electricidad, gas y agua. No era habitable, salvo para los orgullosos habitantes de Sarajevo, quienes no tenían otro lugar a donde ir.

La hermana adolescente de Sidbela estaba parada —aturdida— no lejos de la entrada del edificio. Había un delgado charco rojo a su lado, en el patio, donde estaban tiradas una zapatilla azul, dos rojas, y una cuerda para saltar con mangos tipo cucurucho. La policía bosnia había cubierto la parte enrojecida de la losa con un plástico con el alegre emblema celeste y blanco de las Naciones Unidas.

A Sidbela se le conocía en el vecindario como estudiosa, y por sus muchas participaciones en competencias de belleza y talento. Ella y sus compañeras de juego se las ingeniaban para aprovechar al máximo una niñez en que el movimiento estaba muy restringido, y coronaban así a la “Reina del Edificio”, a “Miss Esquina” y “Miss Vecindario”. Esa mañana tranquila Sidbela le había rogado a su madre cinco minutos al aire libre.

La señora Zimic estaba desolada. Un año y medio antes, en febrero de 1994,

una bomba cayó en el mercado principal en el centro de la ciudad, y despedazó a 68 compradores y puesteros. Las imágenes de esta masacre generaron amplia compasión en Estados Unidos, e impulsaron al presidente Bill Clinton y a sus aliados de la OTAN a hacer algo. Mandaron un ultimátum sin precedentes, en el que amenazaban con realizar bombardeos masivos contra los serbios de Bosnia si reanudaban sus ataques a Sarajevo o continuaban con lo que Clinton describió como “matanza de inocentes”.

“Nadie debe dudar de la decisión de la OTAN”, advirtió Clinton. “Cualquiera —dijo, y repitió la palabra para hacer hincapié—, cualquiera que bombardee Sarajevo debe [...] estar dispuesto a atenerse a las consecuencias.”<sup>1</sup> En respuesta a lo que sintieron como un compromiso de Estados Unidos, los 280 mil habitantes de Sarajevo poco a poco se adaptaron a la vida bajo la imperfecta, pero protectora, cobertura de la OTAN. Después de algunos cautelosos meses empezaron a mostrar los rostros paseando por el río Miliacka y reconstruyendo los cafés con mesas en las banquetas. Niños y niñas brincaron de sus lóbregos sótanos y de la vista de sus mayores para redescubrir los juegos al aire libre. Saboreando la niñez, se volvieron golosos del sol y de los juegos. Sus padres agradecían a Estados Unidos y trataban muy bien a los estadounidenses que visitaban Sarajevo.

La resolución estadounidense, sin embargo, se marchitó en breve. No se consideró que valiera la pena arriesgar a soldados estadounidenses ni antagonizar con los aliados europeos que deseaban mantenerse neutrales para salvar vidas bosnias. Clinton y su equipo bajaron su tono retórico de genocidio a “tragedia” y “guerra civil”, menoscabando las expectativas de que hubiera algo que Estados Unidos pudiera hacer. El secretario de Estado, Warren Christopher, nunca mostró mucho entusiasmo porque inter-

<sup>1</sup> Declaración del presidente Clinton respecto de las propuestas para manejar la situación en Bosnia, Federal News Service, 9 de febrero de 1994.

vinieran en los Balcanes. Hablaba una y otra vez de un “contexto” para aquietar la incomodidad moral que generaba que su país no interviniera. “Es un problema realmente trágico”, dijo Christopher. “El odio entre estos tres grupos —bosnios, serbios y croatas— es de no creerse. Casi aterra, y data de siglos. En realidad es un problema infernal.”<sup>2</sup> Tras unos meses de la masacre en el mercado, Clinton adoptó esa actitud, y trató a Bosnia como su problema infernal, un problema que esperaba se consumiese solo, desapareciera de las primeras planas y dejara tranquila su presidencia.

Los nacionalistas serbios actuaron en consecuencia. Entendieron que tenían la libertad de reanudar su bombardeo sobre Sarajevo y otras ciudades bosnias atestadas de civiles. Los padres luchaban con sus hijos y buscaban incentivos que los indujeran a quedarse en casa. El padre de Sidbela recordó: “Convertí el lavadero en un lugar de juegos. Les compré a los chicos muñecas Barbie, autos Barbie, todo, sólo por mantenerlos adentro.” Pero su precoz hijita se salió con la suya: “Papí, por favor, déjame vivir mi vida. No puedo quedarme en casa todo el tiempo.”

Las promesas estadounidenses, que los artilleros serbios tomaron en serio al principio, ofrecieron a los habitantes de Sarajevo un breve respiro, pero también alentaron esperanzas entre los bosnios de que de nuevo podían vivir seguros. El caso fue que la brutalidad de los líderes políticos, militares y paramilitares serbios se haría merecedora de repudio, pero no de la prometida intervención militar.

El 25 de junio de 1995, minutos después de que Sidbela le diera un beso en la mejilla a su madre y le sonriera con expresión triunfante, un proyectil serbio cayó en el patio donde ella, junto con Amina Pajevic de 11 años, Liljana Janjic de 12 y Maja Skoric de 5, saltaban la cuerda. Todas murieron, y elevaron así el número de niños asesinados en la guerra en territorio bosnio de 16 767 a 16 771.

<sup>2</sup> Warren Christopher en *Face the Nation*, CBS, 28 de marzo de 1993.

Si algún hecho puede predisponer a una persona a imaginar la iniquidad, tiene que ser éste. Yo tenía casi dos años de reportear desde Bosnia en el momento de la masacre en el patio. Hacía mucho que había abandonado toda esperanza de que los aviones de la OTAN, que a diario pasaban rugiendo, llegaran a bombardear a los serbios para que detuviesen su ataque de artillería a la capital sitiada. Y llegué a esperar lo peor para los civiles musulmanes dispersos en la campaña.

Sin embargo, cuando los serbios de Bosnia comenzaron a atacar la llamada “zona de seguridad” de Srebrenica el 6 de julio de 1995, 10 días después de mi visita a la entristecida familia Zimic, no sentí mayor temor. Supuse que ni siquiera los serbios de Bosnia se atreverían a apoderarse de un pedazo de tierra bajo control de las Naciones Unidas. La noche del 10 de julio pasé por casualidad por el edificio de la Associated Press, que se había convertido en mi hogar adoptivo durante el verano debido a sus entusiastas periodistas y a su funcional generador. Al llegar esa noche recibí una sacudida. Cundía total caos alrededor de los teléfonos. El ataque serbio a Srebrenica, ciudad que había estado “deteriorándose” durante días, de pronto se había “ido al demonio”. Los serbios estaban dispuestos a tomar la ciudad, y pusieron un ultimátum para que las fuerzas de paz de la ONU entregaran armas y equipo, o serían objeto de un bombardeo. Unos 40 mil musulmanes,

entre hombres, mujeres, y niños, estaban en serio peligro.

Aunque me tardé un poco en apreciar la magnitud de la ofensiva, no era demasiado tarde para cumplir con mi plazo de envío a Estados Unidos. Un artículo matutino en *The Washington Post* aún podía avergonzar a los líderes políticos de

**No me llevó mucho tiempo descubrir que la respuesta estadounidense al genocidio bosnio fue la más vigorosa del siglo. En toda su historia, Estados Unidos jamás ha intervenido para impedir un genocidio, y apenas si lo condena cuando ocurre**

ese país para que respondieran. Tan frenéticos estaban los demás corresponsales que tardé 15 minutos en conseguir una línea telefónica. Cuando pude, di con Ed Cody, el subdirector de noticias del exterior del *Post*. Sabía que los lectores estadounidenses estaban cansados de las malas noticias de los Balcanes, pero lo que estaba en juego por este ataque en particular era colosal. El general serbio de Bosnia, Ratko Mladic, no estaba bromeando ni planeaba una insignificante toma de territorio para mandar un mensaje político: quería apoderarse de un enorme trozo de territorio con “protección” internacional y desafiaba al mundo a que lo impidiera. Empecé a relatar los hechos a Cody tal como los conocía: “Los serbios están sobre Srebrenica. Según la ONU, decenas de miles de refugia-

dos musulmanes ya se amontonaron en su base en el centro de la ciudad. Es cuestión de horas antes de que los serbios tomen todo el reducto. Ésta es una catástrofe en ciernes. Una zona de seguridad de la ONU está por caer.”

Como nueva colaboradora de *The Washington Post*, me advirtieron que Cody, veterano de carnicerías en Medio Oriente, no se impresionaba con facilidad. En esta ocasión me dejó terminar y después planteó algunas preguntas incisivas, preguntas que me hicieron pensar que entendía la gravedad de la crisis. Después me dejó atónita: “Bueno, por lo que me cuenta, aunque las cosas siguen su curso, los serbios no van a tomar la ciudad esta noche.” Me preparé para lo siguiente, que no se hizo esperar: “Cuando caiga Srebrenica, parece que vamos a tener material interesante.”

Protesté, pero no mucho. Sospechaba más o menos que los serbios quizá cederían, y no quería gritar “¡Ahí viene el lobo!” Pero para la tarde siguiente Srebrenica había caído, y los aterrorizados habitantes del enclave estaban en manos del general Mladic, un supuesto criminal de guerra de quien se sabía que había organizado el salvaje sitio de Sarajevo.

Yo trabajé en Sarajevo, donde los francotiradores serbios hacían práctica de tiro con arropadas ancianas que cargaban bidones de agua sucia a través de la ciudad, y donde los pintorescos parques se transformaron en cementerios para recibir el diluvio de jóvenes muertos. Entrevisté a hombres demacrados que habían perdido 20 o 25 kilos y llevaban cicatrices permanentes, producto de los campos de concentración serbios. Y no hacía mucho que había cubierto la masacre de cuatro colegialas. Sin embargo, a pesar de mis experiencias, o quizás a consecuencia de ellas, sólo podía imaginar lo que ya había presenciado. Jamás se me ocurrió que el general Mladic podría o querría ejecutar hasta el último hombre o niño musulmán en su poder.

Unos días después de la caída de Srebrenica, un colega me llamó desde Nueva York para informarme que el embajador bosnio en la ONU afirmaba que los serbios de Bosnia aniquilaron a más de mil musulmanes de Srebrenica en un estadio de fútbol. ¡No era posible! “No”, respondí, atónita. Mi amigo repitió sus palabras. “No”, dije de nuevo, con decisión.

Yo tenía razón. Mladic no ejecutó a



mil hombres: mató a más de 7 mil.

Cuando volví a Estados Unidos, Srebrenica y Srebrenica no se apartaron de mí. Me quedé helada ante una promesa que logró que una niña saliera de un sótano a un patio en Sarajevo. Me obsesionaba el asesinato de los hombres y niños musulmanes de Srebrenica, mi propio fracaso en advertirlo a tiempo, y la negativa del mundo externo a intervenir incluso cuando el peligro que corrían esos hombres era ya evidente. No podía evitar el recuerdo de las muchas conversaciones que sostuve con mis colegas respecto de la intervención. En nuestras discusiones, en reuniones de trabajo, durante viajes y en entrevistas con altos oficiales bosnios y estadounidenses, nos preguntábamos cómo habrían respondido Estados Unidos y sus aliados si los mismos crímenes se hubiesen cometido en otro lugar (los Balcanes evocan animosidades ancestrales y polvorines inflamables), contra distintas víctimas (la mayoría de las atrocidades se perpetraron contra individuos de fe musulmana) o en una época distinta (la Unión Soviética acababa de desmoronarse, ninguna nueva visión mundial remplazaba aún el viejo orden mundial, y la ONU no había aceptado sus goznes herrumbrados ni se libraba todavía de sus anacrónicas prácticas y suposiciones). En 1996, ya a alguna distancia del campo, comencé a explorar las reacciones de Estados Unidos a casos anteriores de matanzas a mansalva. No me llevó mucho tiempo descubrir que la respuesta estadounidense al genocidio bosnio fue la más vigorosa del siglo. En toda su historia, Estados Unidos jamás ha intervenido para impedir un genocidio, y apenas si lo condena cuando ocurre. [...]

La gente explica que Estados Unidos no respondía a genocidios específicos porque no sabía qué estaba pasando, o que sabía pero no les importaba, o que, al margen de lo que sabían, poco podían hacer. Me di cuenta de que los estadounidenses responsables de tomar decisiones políticas sí conocían muy bien los crímenes que se cometían. Algunos se preocuparon y bregaron por que se actuara, con considerables sacrificios personales y profesionales. Estados Unidos sí tuvo incontables oportunidades de mitigar e impedir matanzas, pero una y otra vez los hombres y mujeres decentes voltearon la mirada. Todos asistimos al genocidio. La pregunta crucial es por qué. [...]

Este libro tiene la intención delibera-

da de mostrar la respuesta de políticos y ciudadanos estadounidenses por varias razones. En primer lugar, las decisiones de Estados Unidos de actuar o no han tenido mayor efecto en las víctimas que las de cualquier otra potencia mundial.

### **Ningún presidente de Estados Unidos tiene como prioridad la prevención del genocidio, y ninguno ha pagado costo político alguno por desentenderse de él. Así, no es coincidencia que el genocidio continúe**

En segundo lugar, desde la segunda guerra mundial, Estados Unidos ha tenido una tremenda capacidad para limitar el genocidio. Pudo usar sus vastos recursos sin arriesgar la seguridad nacional. En tercer lugar, Estados Unidos se comprometió de lleno a la conmemoración y difusión sobre el holocausto. El Holocaust Memorial Museum, que se destaca en la avenida que recorre el Monumento a Lincoln y el edificio conmemorativo a Jefferson, a escasos metros del Muro Recordatorio de Vietnam, atrae a 5 500 visitas por día, o dos millones por año, casi el doble de las que van la Casa Blanca. En cuarto lugar, en años recientes los dirigentes estadounidenses, imbuidos de una nueva cultura de conciencia sobre el holocausto, se comprometen de manera repetida a impedir los genocidios. En 1979, el presidente Jimmy Carter afirmó que, en memoria del holocausto, “debemos labrar un pacto inamovible con todos los pueblos civilizados para que nunca más permanezca en silencio el mundo, nunca más permanezca inactivo para impedir este terrible crimen del genocidio”.<sup>3</sup>

Cinco años más tarde, también el presidente Ronald Reagan afirmó: “Igual que ustedes, yo digo con voz firme: ‘¡Nunca más!’”<sup>4</sup> El presidente George Bush padre se unió al coro en 1991. Al

<sup>3</sup>“Comisión presidencial sobre el Holocausto: Comentarios al recibir el informe definitivo de la Comisión”, 27 de septiembre de 1979, *Public Papers of the Presidents of the United States: Jimmy Carter, 1979*, GPO, Washington, 1979, p. 1773.

<sup>4</sup>“Comentarios en la Convención Internacional de B'nai B'rith”, 6 de septiembre de 1984, *Public Papers of the Presidents of the United States: Ronald Reagan, 1987*, GPO, Washington, 1987, p. 1244.

hablar “en calidad de veterano de la segunda guerra mundial, de estadounidense y, ahora, de presidente de Estados Unidos”, Bush dijo que su visita a Auschwitz lo motivó a tomar “la decisión no sólo de recordar, sino de actuar”.<sup>5</sup>

Antes de asumir la presidencia, Clinton reprochó a Bush por Bosnia: “Si los horrores del holocausto nos enseñaron algo, es el alto costo de permanecer callados y paralizados ante el genocidio.”<sup>6</sup> Ya presidente, en la inauguración del Museo del Holocausto, Clinton criticó la inacción de Estados Unidos durante la segunda guerra mundial. “A medida que nuestra conciencia parcial de los crímenes se convirtió en hechos indiscutibles, se hizo demasiado poco. No debemos permitir que vuelva a suceder.”<sup>7</sup> Pero la frase prometedora, consoladora, de “nunca más”, un testamento del espíritu de la capacidad estadounidense para lograr resultados, jamás tomó en cuenta que el país no tuvo medida alguna, práctica o política, para responder al genocidio. El compromiso fue vacío frente a matanzas reales.

Antes de explorar la relación de Estados Unidos con el genocidio, solía referirme a la política hacia Bosnia como “un fracaso”. Cambié de parecer. Es duro reconocerlo, pero la sistemática política de no intervención de este país frente al genocidio ofrece un triste testimonio no de un régimen político destruido, sino de uno implacablemente eficaz. El sistema, tal como está, funciona.<sup>8</sup> Ningún presidente de Estados Unidos tiene como prioridad la prevención del genocidio, y ninguno ha pagado costo político alguno por desentenderse de él. Así, no es coincidencia que el genocidio continúe. 🇺🇸

*Traducción de Alasdair Lean.*

<sup>5</sup>“Apreciaciones del presidente George Bush en la cena Simon Wiesenthal, Century Plaza Hotel, Los Ángeles, California”, *Federal News Service*, 16 de junio de 1991.

<sup>6</sup>Clifford Krauss, “U.S. Backs Away from Charges of Atrocities in Bosnia Camps”, *The New York Times*, 5 de agosto de 1992, p. A12.

<sup>7</sup>“Comentarios en la inauguración del Museo Conmemorativo del Holocausto de Estados Unidos”, 22 de abril de 1993, *Public Papers of the Presidents of the United States: William Clinton, 1993*, GPO, Washington, 1994, p. 479.

<sup>8</sup>Véase Leslie Gelb y Richard Betts, *The Irony of Vietnam: The System Worked* Washington, Brookings Institution, 1979.

# El mito de la diosa

ANNE BARING Y JULES CASHFORD

**En nuestra Sección de Obras de Historia y coeditado con Ediciones Siruela, circula ya el extenso volumen sobre las semejanzas entre distintas deidades femeninas en civilizaciones como la babilónica, griega y cristiana. Adelantamos un fragmento aquí como invitación a pensar sobre la silenciosa presencia de las diosas en la sociedad actual**

Cuando comenzamos a escribir *El mito de la diosa. Evolución de una imagen* nuestra intención era, simplemente, reunir las diferentes historias e imágenes de las diosas tal y como se expresaban en diferentes culturas, desde las primeras estatuillas del Paleolítico en el año veinte mil a. C. hasta las representaciones contemporáneas de la virgen María. Parecía que valía la pena llevar a cabo esta labor, dado que una de las formas en que los humanos aprehenden su propio ser es haciéndolo visible en las imágenes de sus dioses y diosas. Sin embargo, a lo largo de esta investigación descubrimos unas similitudes y paralelismos tan sorprendentes entre culturas aparentemente inconexas que llegamos a la conclusión de que se había producido una transmisión continuada de imágenes a través de la historia. La continuidad es tan llamativa que nos parece que puede hablarse del “mito de la diosa”, ya que la visión latente que se expresa en la amplia gama de imágenes de diosas es constante: la visión de la vida como unidad viva.

La diosa madre, dondequiera que se encuentre, es una imagen que inspira una percepción del universo como todo orgánico, sagrado y vivo, de la que ella es el núcleo; es una imagen de la que forman parte, como “sus hijos”, la humanidad, la tierra y toda forma de vida terrestre. Todo está entrelazado en una red cósmica que vincula entre sí todos los órdenes de la vida manifiesta y no manifiesta, porque todos ellos participan de la santidad de la fuente original.

Sin embargo, resultaba evidente que en la época en que vivimos el mito de la diosa es imposible de encontrar. En la

versión católica del cristianismo, María, “la virgen”, “reina del cielo”, se reviste, desde luego, de todas las antiguas imágenes de la diosa. Exceptuando una: no es “reina de la tierra”, y esto es significativo. La tierra solía tener una diosa que podía considerar propia, por decirlo de alguna manera: la tierra y la creación entera se componían de la misma sustancia que la diosa. La tierra era su epifanía; el carácter divino era inmanente a la creación. Nuestra imagen mítica de la tierra ha perdido esta dimensión.

De modo que nos propusimos descubrir qué es lo que le había ocurrido a la imagen de la diosa, cómo y cuándo desapareció, y qué supuso esta pérdida. Las imágenes míticas rigen las culturas de forma implícita; a partir de este principio, ¿a qué conclusiones llegábamos acerca de una cultura en particular, como la nuestra, que o bien no poseía o bien no reconocía una imagen mítica del principio femenino? El que en ninguna época se haya desacralizado la naturaleza como en la nuestra comenzó a percernos un hecho cada vez menos casual: en general, la tierra ya no se percibe por instinto como un ser vivo, como antaño; o al menos eso parece demostrar la misma existencia de la polución (término que, en su acepción original, designaba

**La diosa madre, dondequiera que se encuentre, es una imagen que inspira una percepción del universo como todo orgánico, sagrado y vivo, de la que ella es el núcleo; es una imagen de la que forman parte, como “sus hijos”, la humanidad, la tierra y toda forma de vida terrestre**

la profanación de lo sagrado). Y es también nuestra la época en que el cuerpo entero de la tierra corre un peligro de magnitud desconocida en la historia de nuestro planeta.

Analizar la manera en que se perdió el mito de la diosa se convirtió, por consiguiente, en el segundo objetivo de este libro: cuándo, dónde y cómo surgieron las imágenes del “dios”; cómo se relacionaban entre sí la diosa y el dios en cultu-

ras y épocas anteriores. Pronto quedó claro que a partir de la mitología babilónica (ca. 2000 a. C.) la diosa comenzó a asociarse casi exclusivamente con la “naturaleza” como fuerza caótica que debe ser sometida. El dios, por su parte, adoptó el papel de someter o poner orden en la naturaleza desde su polo contrario, el del “espíritu”. Sin embargo, esta oposición no había existido hasta entonces, así que era necesario colocarla en el contexto de la evolución de la conciencia. Una manera de comprender este proceso consiste en considerarlo como la disminución progresiva de la participación de la naturaleza; se posibilita así una independencia cada vez mayor de los fenómenos naturales, además de la transferencia gradual a la humanidad de la “vida de la naturaleza”. Parece que así fue como la humanidad y la naturaleza terminaron por colocarse en polos opuestos. Este fenómeno de polarización podría considerarse una primera etapa de este proceso, quizás hasta una etapa inevitable. Sin embargo, no define de forma absoluta los dos términos que antes fueron sólo uno. Por otra parte, las estructuras de pensamiento que se iniciaron a finales de la Edad del Bronce y a principios de la Edad del Hierro están todavía tan presentes en nuestras vidas que nos vimos obligadas a recordarnos continuamente que dicha polarización no es intrínseca a la manera en que debemos reflexionar acerca de estos términos.

Nos sorprendió, por lo tanto, descubrir hasta qué punto nuestra religión o mitología (según el punto de vista) judía y cristiana había heredado las imágenes paradigmáticas de la mitología babilónica, en particular la oposición entre el espíritu creativo y la naturaleza caótica, además del hábito de construir nuestro pensamiento a partir de términos opuestos, en general. Sin ir más lejos, encontramos estos esquemas en la creencia generalizada de que el mundo espiritual y el físico pertenecen a especies diferentes; dicha creencia, asumida de forma irreflexiva, separa la mente de la materia, el alma del cuerpo, el pensamiento del sentimiento, el intelecto de la intuición



y la razón del instinto. Si, además, el polo “espiritual” de estas categorías duales se valora más que el polo “físico”, ambos términos caen en una oposición tal que es casi imposible volverlos a reunir sin antes disolverlos.

Llegamos a la conclusión de que el principio femenino, como expresión válida de la santidad y unidad de la vida, llevaba perdido los últimos cuatro mil años. Dicho principio se manifiesta en la historia mitológica como “la diosa”, y en la historia cultural aparece en los valores otorgados a la espontaneidad, el sentimiento, el instinto y la intuición. Hoy en día no hay, formalmente hablando, dimensión femenina alguna de lo divino en la mitología judía y cristiana; nuestra cultura está articulada a partir de la imagen de un dios masculino que se sitúa más allá de la creación y que la ordena desde el exterior, en vez de estar en el interior de la misma, como lo estuvieron las diosas madre antes que él. El resultado inevitable de esta situación es el desequilibrio entre los principios masculino y femenino, que trae consigo consecuencias fundamentales para la forma en que creamos nuestro mundo y en que vivimos en él.

Nos dimos cuenta, además, de que a pesar de la desvalorización que pudiese

sufrir el degradado mito de la diosa nunca desaparecía, sino que continuaba existiendo de forma oculta, escondido bajo imágenes a las que, especialmente en la tradición judeocristiana, no se permitía una expresión vital y espontánea. En la mitología griega, por ejemplo, Zeus “se casaba” con las antiguas diosas madre, una tras otra; éstas continuaban dominando por derecho propio todo lo referente a los partos, la fertilidad o la transformación espiritual, aunque al final de-

**El mito de la diosa ha influido en la visión del mundo prevaleciente de cada época. Sin embargo, al ser contrario a la doctrina formal, su acción debía ser necesariamente implícita e indirecta, como la de cualquier actitud que no llega a ser plenamente consciente**

bían rendirle cuentas al mismo dios padre. En la mitología hebrea la diosa se hizo clandestina, por así decirlo. Se ocultó en los dragones del caos, Leviatán y Behemot, cuya destrucción nunca fue total, o en el inevitable atractivo de Astarté, la diosa cananea prohibida, o, de forma más abstracta, en Sofía, la personificación femenina de la “sabiduría” de Yahvé, y en la Sekiná, personificación

femenina de su “presencia”. A pesar de ser humana y de la maldición que recayó sobre ella, Adán dio a Eva el nombre desechado de las diosas madre de antaño: “madre de todo ser viviente”. Este nombre adquirió, sin embargo, un significado fatalmente nuevo y limitado; la ascensión en cuerpo y alma al cielo de la virgen María como “reina” no se reconoció sino hasta los años cincuenta del siglo xx, debido a su condición de “segunda Eva”. Pero su importancia ha ido en aumento a lo largo de los siglos, es indudable que en respuesta a una necesidad no satisfecha de muchas personas.

Tal y como pretendemos demostrar, el mito de la diosa continuó influyendo en todos estos casos en la visión del mundo prevaleciente de la época. Sin embargo, al ser contrario a la doctrina formal, su acción debía ser necesariamente implícita e indirecta, como la de cualquier actitud que no llega a ser plenamente consciente. Esto implicaba que su presencia, no reconocida pero persistente, a menudo distorsionaba hasta las expresiones más sublimes del prevaleciente mito del dios. Parecía claro que el principio femenino era un aspecto de la conciencia humana que no podía ni debía ser erradicado; era necesario, por lo tanto, devolverlo a la conciencia y res-

taurarlo a una situación de plena complementariedad para con el principio masculino, si se quería alcanzar un equilibrio armonioso entre estas dos maneras esenciales de experimentar la vida.

Pero, entonces, ¿dónde se hallaba hoy el mito de la diosa? Sorprendentemente, resurgió en cuanto volvimos la mirada hacia los descubrimientos de las “nuevas” ciencias. Fue como si el antiguo mito emergiese de nuevo bajo una nueva forma; no como la imagen personalizada de una deidad femenina, sino como lo que dicha imagen representaba: una visión de la vida como todo sagrado en la que toda forma de vida, unida en una relación mutua, participaba; en la que todo participante estaba “vivo” desde un punto de vista dinámico. Comenzando por Heisenberg y Einstein, los físicos afirmaban que, en términos de la física subatómica, el universo sólo podía entenderse como un todo; que esta unidad se expresaba en modelos redundantes de relación; que el observador quedaba necesariamente incluido en el acto de la observación. De forma característica, muchas de las imágenes que pertenecían al antiguo mito de la diosa expresaban estas mismas conclusiones. La red de tiempo y espacio que la madre diosa tejió antaño a partir de su vientre eterno se había convertido en la “red cósmica” que relacionaba entre sí toda forma de vida; recordemos a las diosas del Neolítico, enterradas junto con husos de rueca, pasando por las hilanderas del destino

griegas, hasta llegar a María. Todas las diosas madre nacieron del mar: desde la Nammu sumeria, pasando por la Isis egipcia y la Afrodita griega, hasta la María cristiana, cuyo nombre significa “mar” en latín. Esta imagen había vuelto a instalarse en la imaginación bajo la forma del “océano de energía” del “orden implícito”.

Desde una perspectiva mitológica, puede también percibirse el mito de la diosa en los intentos de muchos seres humanos de vivir de una forma nueva, permitiendo que su sentimiento de participación con la tierra afecte a la manera en que piensan sobre ella, a la manera en que actúan respecto a ella; siendo conscientes, en suma, de la necesidad apremiante de aprehender el mundo como unidad. Einstein es el portavoz de esta necesidad: “Con la división del átomo, todo ha cambiado salvo nuestra forma de pensar: vagamos a la deriva hacia un desastre sin precedentes.”

Sin embargo, la imagen mítica predominante en la época, que podríamos definir como la del “dios sin la diosa”, continúa siendo el fundamento del mismo paradigma opositor y mecanicista que refutan los descubrimientos científicos más recientes. Esto significa que dos aspectos esenciales de la mente humana están en desacuerdo. El afirmar que las imágenes míticas tienen una importancia tan grande para todas las áreas de la experiencia humana puede parecer excesivo; sin embargo, los descubrimientos de la psicología profunda han

demostrado lo radicalmente que nos influyen y nos motivan los impulsos que se fraguan por debajo del umbral de la conciencia, tanto en nuestra vida personal como en nuestra vida colectiva como miembros de la raza humana. No podemos, por lo tanto, permitirnos que la tendencia predominante de pensamiento nos deje indiferentes. Es necesario hacer un intento por avanzar más allá de nuestra herencia mitológica, de la misma manera en que tratamos de analizar con cierta perspectiva nuestra herencia individual: nuestra familia en particular, nuestro clan, nuestro país.

Una forma de devolver el mito de la diosa al ámbito de la conciencia es relatando de nuevo las historias que las personas han narrado a través de los milenios, recorriendo la cadena continuada de imágenes a través de diferentes culturas a partir del año veinte mil a. C., agrupándolas para que la unidad que yace tras ellas pueda desvelarse. Sólo entonces podrá esta tradición abandonada, infravalorada, pero aparentemente inextinguible, hablar por sí misma. Esto es lo que hemos tratado de hacer, con la esperanza de que la visión de la vida como un todo sagrado, que se encarna en las manifestaciones más sublimes del mito de la diosa, pueda ser relacionada con el mito del dios; contribuiríamos, de esta manera, al nuevo modo de pensamiento que Einstein proclamaba como necesario. 

*Traducción de Francisco del Río.*

## Lecciones de los maestros

GEORGE STEINER

**La colección Tezontle alberga un nuevo libro de George Steiner, también coeditado con Siruela, sobre el nunca fácil oficio docente. Como en este mes celebramos en México el día del maestro, ofrecemos a los enseñantes este fragmento de una obra que se ocupa de la relación entre célebres maestros y sus discípulos, como Sócrates y Platón o Tycho Brahe y Johannes Kepler**

Después de pasar más de medio siglo dedicado a la enseñanza en numerosos países y sistemas de estudios superiores, me siento cada vez más inseguro en cuanto a la legitimidad, en cuanto a las verdades subyacentes a esta “profesión”. Pongo esta palabra entre comillas para indicar sus complejas raíces religiosas e ideológicas. La profesión del “profesor” —este mismo un término algo opaco— abarca todos los matices imaginables, desde una vida rutinaria y desencantada hasta un

elevado sentido de la vocación. Comprende numerosas tipologías que van desde el pedagogo destructor de almas hasta el Maestro carismático. Inmersos como estamos en unas formas de enseñanza casi innumerables —elemental, técnica, científica, humanística, moral y filosófica—, raras veces nos paramos a considerar las maravillas de la transmisión, los recursos de la falsedad, lo que yo llamaría —a falta de una definición más precisa y material— el misterio que le es

inherente. ¿Qué es lo que confiere a un hombre o a una mujer el poder para enseñar a otro ser humano? ¿Dónde está la fuente de su autoridad? Por otra parte, ¿cuáles son los principales tipos de respuesta de los educandos? Estas cuestiones desconcertaron a san Agustín y aparecen con toda su crudeza en el clima libertario de nuestra propia época.

Simplificando, podemos distinguir tres escenarios principales o estructuras de relación. Hay Maestros que han destruido a sus discípulos psicológicamente y, en algunos raros casos, físicamente. Han quebrantado su espíritu, han consumido sus esperanzas, se han aprovechado de su dependencia y de su individualidad. El ámbito del alma tiene sus vampiros. Como contrapunto, ha habido discípulos, pupilos y aprendices que han tergiversado, traicionado y destruido a sus Maestros. Una vez más, este drama posee atributos tanto mentales como físicos. Recién elegido rector, un Wagner triunfante desdeñará al moribundo Fausto, antaño su *magister*. La tercera categoría es la del intercambio: el *eros* de la mutua confianza e incluso amor (“el discípulo amado” de la última cena). En un proceso de interrelación, de ósmosis, el Maestro aprende de su discípulo cuando le enseña. La intensidad del diálogo genera amistad en el sentido más elevado de la palabra. Puede incluir tanto la clarividencia como la sinrazón del amor. Consideremos a Alcibíades y Sócrates, a Eloísa y Abelardo, a Arendt y Heidegger. Hay discípulos que se han sentido incapaces de sobrevivir a sus Maestros.

Cada uno de estos modos de relación —y las limitadas posibilidades de mezclas y matices entre ellos— ha inspirado testimonios religiosos, filosóficos, literarios, sociológicos y científicos. Los materiales existentes desafían cualquier análisis exhaustivo, siendo como son verdaderamente planetarios. Los capítulos de *Lecciones de los maestros* pretenden ofrecer la más sumaria de las introducciones; son casi ridículamente selectivos.

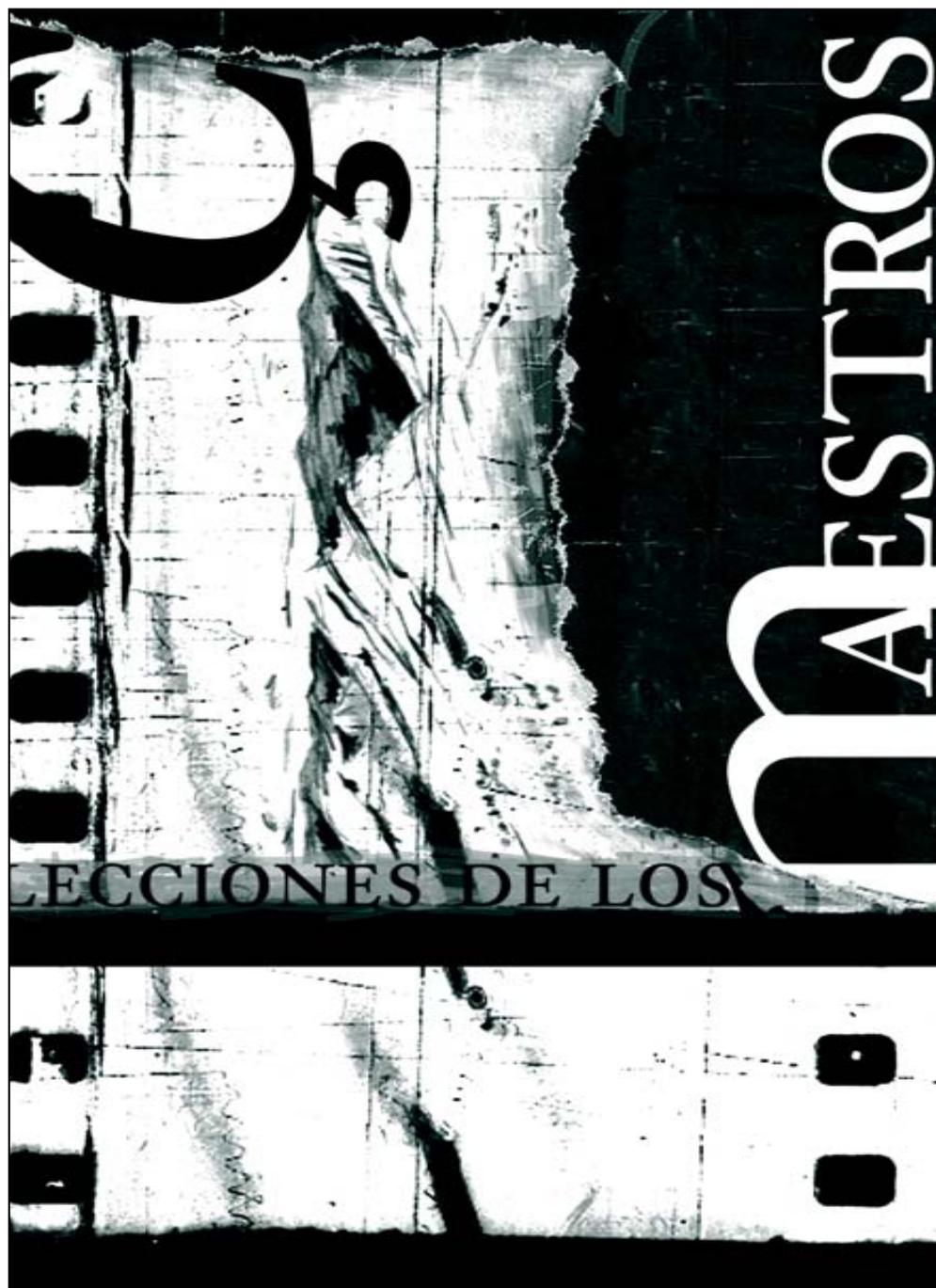
Están en juego tanto cuestiones enraizadas en la circunstancia histórica como interrogantes perennes. El eje del tiempo cruza y vuelve a cruzar. ¿Qué significa transmitir (*tradendere*)? ¿De quién a quién es legítima esta transmisión? Las relaciones entre *traditio*, “lo que se ha entregado”, y lo que los griegos denominan *paradidomena*, “lo que se está entregando

*abora*”, no son nunca transparentes. Tal vez no sea accidental que la semántica de *traición* y *traducción* no esté enteramente ausente de la de *tradición*. A su vez, estas vibraciones de sentido y de intención actúan poderosamente en el concepto, siempre desafiante él mismo, de *transla-*

### La única licencia honrada y demostrable para enseñar es la que se posee en virtud del ejemplo. La enseñanza ejemplar es actuación y puede ser muda. Tal vez deba serlo

*ción (translatio)*. ¿Es la enseñanza, en algún sentido fundamental, un modo de translación, un ejercicio entre líneas, como dice Walter Benjamin, cuando atribuye a lo interlineal eminentes virtudes de fidelidad y transmisión?

Se ha dicho que la auténtica enseñanza es la *imitatio* de un acto trascendente o, dicho con mayor exactitud, divino, de descubrimiento, de ese desplegar verdades y plegarlas hacia dentro que Heidegger atribuye al Ser (*aletheia*). El manual secular o el estudio avanzado son la *mimesis* de una plantilla y de un original sagrados, canónicos, que fueron también ellos comunicados oralmente, en lecturas filosóficas y mitológicas. El profesor no es más, pero tampoco menos, que un auditor y mensajero cuya receptividad, inspirada y después educada, le ha permitido aprehender un *logos* revelado, la “Palabra” que “era en un principio”. Éste es, en esencia, el modelo que presta validez al maestro de la Torá, al explicador del Corán y al comentar del Nuevo Testamento. Por analogía —y cuántas



perplejidades salen a la luz en los usos de lo análogo—, se extiende este paradigma a la difusión, transmisión y codificación del conocimiento secular, de la *sapientia* o *Wissenschaft*. Incluso en los Maestros de las Sagradas Escrituras y su exégesis encontramos ideales y prácticas que se adaptan a la esfera secular. Así, san Agustín, Akiba y Tomás de Aquino tienen un lugar en la historia de la pedagogía.

Por el contrario, desde la autoridad pedagógica se ha sostenido que la única licencia honrada y demostrable para enseñar es la que se posee en virtud del ejemplo. El profesor demuestra al alumno su propia comprensión del material, su capacidad para realizar el experimento químico (el laboratorio alberga a “demostradores”), su capacidad para resolver la ecuación de la pizarra, para dibujar con precisión el vaciado de escayola o el desnudo en el taller. La enseñanza ejemplar es actuación y puede ser muda. Tal vez deba serlo. La mano guía la del alumno sobre las teclas del piano. La enseñanza válida es ostensible. Muestra. Esta “ostentación”, que tanto intrigaba a Wingenstein, está inserta en la etimología: el latín *dicere*, “mostrar” y, sólo posteriormente, “mostrar diciendo”; el inglés medio *token* y *techen* con sus connotaciones implícitas de “lo que muestra”. (¿Es el profesor, a fin de cuentas, un hombre espectáculo?) En alemán, *deuten*, que significa “señalar”, es inseparable de *bedeuten*, “significar”. La contigüidad impulsa a Wingenstein a negar la posibilidad de toda instrucción textual honrada en filosofía. Con respecto a la moral, solamente la vida real del Maestro tiene valor como prueba demostrativa. Sócrates y los santos enseñan existiendo.

Acaso estos dos escenarios sean idealizaciones. El punto de vista de Foucault, por simplificado que esté, tiene su pertinencia. Se podría considerar la enseñanza como un ejercicio, abierto u oculto, de relaciones de poder. El Maestro posee poder psicológico, social, físico. Puede premiar y castigar, excluir y ascender. Su autoridad es institucional, carismática o ambas a la vez. Se ayuda de la promesa o la amenaza. El conocimiento y la praxis mismos, definidos y transmitidos por un sistema pedagógico, por unos instrumentos de educación, son formas de poder. En este sentido, hasta los modos de instrucción más radicales son conservadores y están cargados

con los valores ideológicos de la estabilidad (en francés, *tenure* es “estabilización”). Las “contraculturas” de hoy y la polémica de la New Age —que tiene sus antecedentes en la querrela con los libros que encontramos en el primitivismo religioso y en la anarquía pastoral— ponen al conocimiento formal y a la investigación científica la etiqueta de estrategias de explotación, de dominio de clase. ¿Quién enseña qué a quién, y con qué fines políticos? Como veremos, es este plan de dominio, de enseñanza como poder bruto, elevado al extremo de la histeria erótica, lo que se satiriza en *La lección* de Ionesco.

Casi no se han analizado las negativas a enseñar, las negativas a la transmisión.

**Las artes y los actos de enseñanza son, en el sentido propio de este término tan denostado, dialécticos. El Maestro aprende del discípulo y es modificado por esa interrelación en lo que se convierte, idealmente, en un proceso de intercambio**

El Maestro no encuentra ningún discípulo, ningún receptor digno de su mensaje, de su legado. Moisés destruye las primeras Tablas, precisamente las escritas por la propia mano de Dios. Nietzsche está obsesionado por la falta de discípulos adecuados precisamente cuando su necesidad de recepción es angustiosa. Este motivo es la tragedia de Zaratustra.

O tal vez sea que la *doxa*, la doctrina y el material que hay que enseñar, se juzgue demasiado peligrosa como para ser transmitida. Está enterrada en algún lugar secreto que no será redescubierto durante mucho tiempo o, de manera más drástica, se deja que muera con el Maestro. Hay ejemplos en la historia de la tradición alquímica y cabalística. Más frecuentemente, sólo a un puñado de elegidos, de iniciados, se les dará conocimiento de lo que verdaderamente quiere decir el Maestro. Al público general se le sirve una versión diluida, vulgarizada. Esta distinción entre la versión esotérica y la exotérica anima las interpretaciones que hace Leo Strauss de Platón. ¿Existen hoy posibles paralelismos en la biogenética o en la física de partículas? ¿Son estas hipótesis demasiado amenazadoras (socialmente, humanamente) como para comprobarlas, debiendo dejar descubrimientos sin publicar? Los secretos militares podrían ser el

disfraz, a modo de farsa, de un dilema más complejo y clandestino.

Puede también haber pérdida, desaparición por accidente, por autoengaño —¿había resuelto Fermat su propio teorema?— o por acción histórica. ¿Cuánta sabiduría y ciencia oral, por ejemplo en botánica y terapia, se ha perdido sin remedio; cuántos manuscritos y libros se han quemado, desde Alejandría hasta Sarajevo? De las escrituras de los albigenses sólo se han conservado mínimas conjeturas. Es una inquietante posibilidad que ciertas “verdades”, que ciertas metáforas e ideas fundamentales, especialmente en las humanidades, se hayan perdido, estén irrevocablemente destruidas (*Sobre la comedia*, de Aristóteles). Hoy somos incapaces de reproducir, si no es fotográficamente, ciertos colores mezclados por Van Eyck. Según se dice, no podemos ejecutar cierta *fermata*, con triple elevación de tono presionando con el dedo, que Paganini se negó a enseñar. ¿Por qué medio se transportaron a Stonehenge o se plantaron derechas en la isla de Pascua aquellas piedras ciclópeas?

Evidentemente, las artes y los actos de enseñanza son, en el sentido propio de este término tan denostado, dialécticos. El Maestro aprende del discípulo y es modificado por esa interrelación en lo que se convierte, idealmente, en un proceso de intercambio. La donación se torna recíproca, como sucede en los laberintos del amor. “Cuando soy más yo es cuando soy tú”, como dijo Celan. Los Maestros repudian a los discípulos si los hallan indignos o desleales. El discípulo, a su vez, piensa que ha dejado atrás a su Maestro, que debe abandonar a su Maestro para convertirse en sí mismo (Wittgenstein le conminará a que así lo haga). Esta superación del Maestro, con sus componentes psicoanalíticos de rebelión edípica, puede ser causa de una tristeza traumática. Como cuando Dante se despidió de Virgilio en el Purgatorio, o en *El maestro de go*, de Kawabata. O acaso puede ser una fuente de vengativa satisfacción tanto en la ficción —Wagner triunfa sobre Fausto— como en la realidad —Heidegger prevalece sobre Husserl y lo humilla.

Son algunos de estos múltiples encuentros en la filosofía, en la literatura o en la música lo que quiero considerar en *Lecciones de los maestros*. 

*Traducción de María Condor.*

## DIRECTORIO DE FILIALES

### ARGENTINA

Sede y almacén:  
El Salvador 5665 1414 Capital Federal,  
Buenos Aires Tel.: (5411) 47771547  
Fax: (5411) 47718977 ext. 19  
leandro.desagastizabal@fce.com.ar  
info@fce.com.ar • www.fce.com.ar

### BRASIL

Sede, almacén y Librería Azteca:  
Rua Bartira, 351, Perdizes, São Paulo  
CEP 05009-000 Brasil  
Tels: (5511) 36723397 y 38647496  
Fax: (5511) 38621803  
aztecafondo@uol.com.br

### COLOMBIA

Sede, almacén y librería: Carrera 16,  
80-18, Barrio El Lago, Bogotá,  
Colombia Tel.: (571) 5312288  
Fax: (571) 5311322  
fondoc@cable.net.co  
www.fce.com.co

### CHILE

Sede, distribuidora y librería:  
Paseo Bulnes 152, Santiago de Chile  
Tels: (562) 6972644 • 6954843  
6990189 y 6881630  
Fax: (562) 6962329  
jsau@fce.tie.cl  
fcechile@ctcinternet.cl  
distribucion@fce.tie.cl  
libreria@fce.tie.cl

### ESPAÑA

Librería Juan Rulfo:  
C/ Fernando El Católico, 86  
Conjunto Residencial Galaxia  
Madrid, 28015, España  
Tels: (34) 91 5432904 y 91 5432960  
Fax: (34) 91 5498652  
www.fcde.es  
jglopez@fce.es  
Almacén: Via de los Poblados, 17,  
Edificio Indubuilding-Goico  
4-15, 28033, Madrid Tel.: (34) 91  
7632800/5044 Fax: (34) 91 7635133  
fcespvent@interbook.net

### ESTADOS UNIDOS

Sede, almacén y librería:  
2293 Verus St. San Diego CA. 92154,  
Estados Unidos Tel.: (619) 4290455  
Fax: (619) 4290827  
iechevarria@fceusa.com  
www.fceusa.com

### GUATEMALA

Sede, almacén y librería: 6a Avenida,  
8-65, Zona 9 Guatemala, C. A.  
Tel.: (502) 3343351 Fax: (502) 3324213  
caguilar@fceguatemala.com  
ventas@fceguatemala.com  
www.fceguatemala.com

### PERÚ

Sede, almacén y librería: Jirón Berlin  
238, Miraflores, Lima, 18 Perú  
Tels: (511) 2429448 • 4472848  
y 2420559  
carlosmaza@fceperu.com.pe  
fce-peru@terra.com.pe  
Librerías del FCE en Perú:  
\* Comandante Espinal  
840, Miraflores  
\* Jirón Julín 387, Trujillo

### VENEZUELA

Sede y almacén:  
Edificio Torres Polar, P. B., local "E"  
Plaza Venezuela Tel.: (58212) 5744753  
Fax: (58212) 5747442  
Librería Solano:  
Av. Francisco Solano entre  
la 2a Av. de las Delicias y Calle  
Santos Ermini, Sabana Grande,  
Caracas Venezuela  
Tel.: (58212) 7632710  
Fax: (58212) 7632483  
solanofce@cantv.net



FONDO  
DE CULTURA  
ECONÓMICA

# Los libros que buscas de las editoriales que quieras

## LIBRERÍAS

**Alfonso Reyes**  
Ciudad de México  
Carretera Picacho Ajusco 227  
Bosques del Pedregal, 14200,  
Del. Tlalpan  
Tel. 52 27 46 81 y 82

**Daniel Cosío Villegas**  
Ciudad de México  
Av. Universidad 985, esq.  
Parroquia del Valle, 03100,  
Del. Benito Juárez  
Tel. 55 24 89 33, 55 24 12 61  
Fax 55 24 18 20

**Octavio Paz**  
Ciudad de México  
Av. Miguel Ángel de Quevedo  
115 Chimalistac, 01070,  
Del. Álvaro Obregón  
Tel. 54 80 18 01 al 06  
Fax 54 80 18 04

**Un paseo por los Libros**  
Ciudad de México  
Pasaje Metro Zócalo-Pino  
Suárez, Local 4 Centro Histórico,  
06060, Del. Cuauhtémoc  
Tel. 55 22 30 16, 55 22 30 78

**IPN**  
Ciudad de México  
Av. Instituto Politécnico,  
esq. Wilfrido Massieu  
Instalaciones del Politécnico  
Zacatenco, 07738,  
Del. Gustavo A. Madero,  
Tel. 51 19 28 29, 51 19 11 92

**Juan José Arreola**  
Ciudad de México  
Eje Central Lázaro Cárdenas 24,  
esq. Venustiano Carranza  
Centro, Del. Cuauhtémoc  
Tel. 55 18 32 31, 55 18 32 25  
Fax 55 18 32 35

**CIDE/ FCE**  
Carretera México Toluca km 16,  
núm. 3655 Lomas de Santa Fe,  
Cuajimalpa Tel. y fax 57 27 98 00  
ext. 2906. Fax 2910

**José Luis Martínez**  
Guadalajara, Jalisco  
Av. Chapultepec Sur 198  
Americana, 44340  
Tels. 01 33 36 15 12 14 y 01 33 36  
15 95 11/9642

**Fray Servando Teresa de Mier**  
Monterrey, Nuevo León  
Av. San Pedro 222  
Miravalle, 64660  
Tel. 01 81 83 35 03 19 y 71  
Fax 8335 0869

**Efraín Huerta**  
León, Guanajuato  
Farallón 416, esq. Boulevard  
Campestre Fraccionamiento  
Jardines del Moral, 37160  
Tel. y fax 01 477 779 24 39

**Ricardo Pozas**  
Querétaro, Qro.  
Próspero C. Vega núm. 1 y 3,  
esq. Av. 16 de septiembre  
Centro Histórico, 76000  
Tel. y fax 01 442 214 46 98

**Isauro Martínez**  
Torreón, Coahuila  
Matamoros 240 poniente  
Centro, 27000  
Tel. 01 871 716 62 61 y  
01 8717 71 99 ext. 112  
Fax 01 8716 82 38

**Huytlaetlax**  
Tlaxcala, Tlaxcala  
Av. Juárez 7  
Centro Histórico, 90000  
Tel. 01 246 46 209 62

**Julio Torri**  
Saltillo, Coahuila  
Victoria 234  
Zona Centro, 25000  
Tel. 01 844 414 95 44  
Fax 01 844 412 01 53

**Antonio Estrada**  
Durango, Durango  
Calle Bruno Martínez 124 Sur  
Centro Histórico, 34000  
Tel. 01 618 825 17 87  
Fax 01 618 811 02 19

**El Faro del Nayar**  
Tepic, Nayarit  
Edificio D-7, CP. 63190  
Ciudad de la Cultura  
Amado Nervo  
Universidad Autónoma de  
Nayarit dentro de  
la Biblioteca Magna  
Tels. 01 311 211 88 37 y  
01 311 211 88 00 ext. 8837

ventasinternacionales@fce.com.mx

Carretera Picacho-Ajusco, 227, Col. Bosques del Pedregal, Tlalpan, C. P. 14200, México, D. F.

Tels: 5227-4626, 5227-4672. Fax: 5227-4698 • www.fondodeculturaeconomica.com

Almacén: José Ma. Joaristi, 205, Col. Paraje San Juan, México, D. F.

Tels: 5612-1915, 5612-1975. Fax: 5612-0710

### ORDEN DE SUSCRIPCIÓN

Llene esta orden y envíela por correo ordinario o por fax a la dirección de la casa matriz del FCE: Carretera Picacho-Ajusco 227, Bosques del Pedregal, Tlalpan, 14200, México, DF, México.

Nombre \_\_\_\_\_ Dirección: \_\_\_\_\_

Colonia \_\_\_\_\_ Ciudad \_\_\_\_\_ C.P. \_\_\_\_\_ Estado \_\_\_\_\_ País \_\_\_\_\_

Correo electrónico \_\_\_\_\_

Suscripción a La Gaceta del Fondo de Cultura Económica a partir del número \_\_\_\_\_ correspondiente al mes de \_\_\_\_\_

Suscripción en México: \$150.00 por costos de envío

Opciones de pago: Envíe un cheque a nombre de Fondo de Cultura Económica. Haga un depósito a la cuenta 155690686 de Banorte, sucursal 2110, Ajusco, y envíe la ficha por fax al (55) 5335 1213, 14, 42 o 43

Suscripción fuera de México: US\$45.00 por costos de envío

Opciones de pago: Envíe giro postal o cheque a la dirección de la casa matriz.

Suscripción en línea: www.fondodeculturaeconomica.com

 FONDO  
DE CULTURA  
ECONÓMICA

# COLECCIÓN

---

---

# LA CIENCIA PARA TODOS

**fce** FONDO  
DE CULTURA  
ECONÓMICA

Sin duda la colección más importante y exitosa dedicada a la divulgación de la ciencia en América Latina es La Ciencia para Todos, que el FCE edita en colaboración con la SEP y el Conacyt, y que a lo largo de 19 años ha acercado a los lectores de todas las edades a los más fascinantes temas científicos.

Conoce los últimos títulos de esta extraordinaria colección:

---

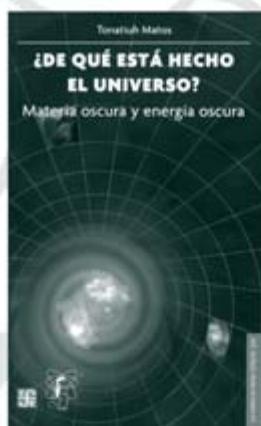
---



200  
*Cien años en la vida de la luz*  
« Luis de la Peña  
ISBN 9681673999



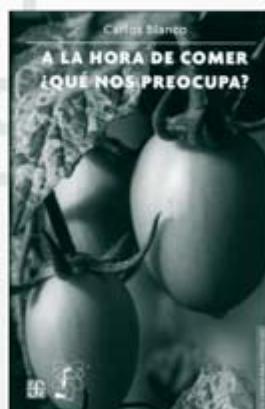
201  
*El relieve de la tierra y otras sorpresas*  
« José Lugo Hubp  
ISBN 9681673972



204  
*¿De qué está hecho el universo?*  
*Materia oscura y energía oscura*  
« Tonatiuh Matos  
ISBN 9681674480



202  
*El amor en tiempos de la contaminación*  
« Tessy López y Aureli Guerra  
ISBN 9681673719



205  
*A la hora de comer, ¿qué nos preocupa?*  
« Carlos Blanco  
ISBN 9681675169



203  
*La luz con el tiempo dentro*  
« Guillermo Tenorio Tagle y Casiana Muñoz-Tuñón  
ISBN 9681674472

